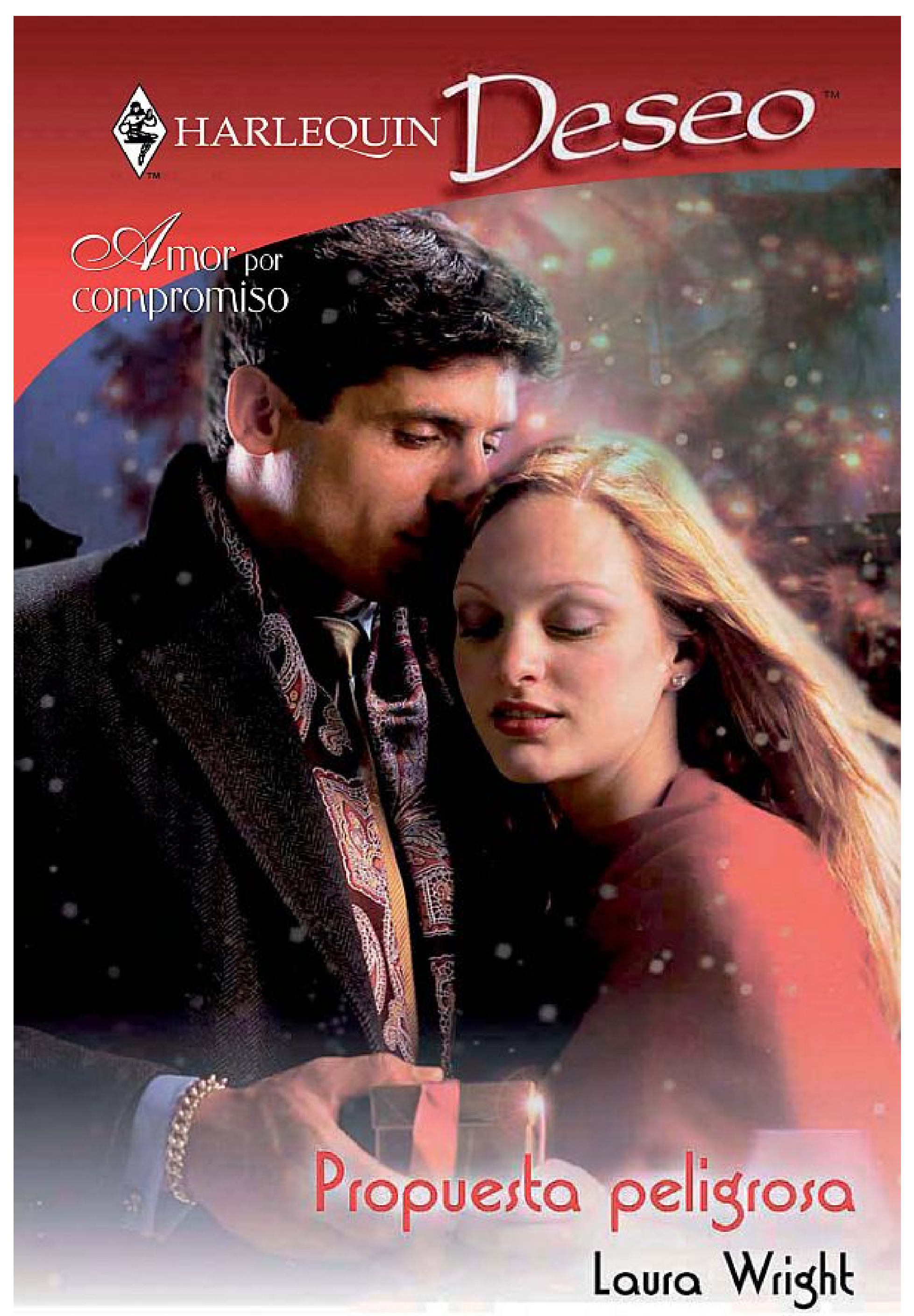

HARLEQUIN
Deseo
Amor por compromiso
Propuesta peligrosa
Laura Wright

Aquélla sería una dulce venganza…

El magnate inmobiliario Damien Sauer había entregado su corazón sólo a una mujer… pero ella se lo había pisoteado. Ahora había llegado por fin el momento de la venganza. El multimillonario iba a hacer que Tess York pagara por el error que había cometido.

¿El plan? Acceder a que Tess y sus socias no tuvieran que abandonar el local en el que se encontraba su negocio, y que era propiedad de Damien. ¿La única condición? Tess tendría que hacer todo lo que él le pidiera.



Laura Wright

Propuesta peligrosa

Deseo - 1607

(Amor por compromiso - 3)

ePub r1.0

LDS 27.12.16

Título original: *Rich vengeful seduction*
man's
Laura Wright, 2007
Traducción: Ana Filipa Velosa
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire 2-in-1 (MD2) - 259 / Silhouette Desire (SD) - 1839
Protagonistas: Damien Sauer y Tess York
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

No había nada más inquietante que encontrarse un demonio en una iglesia.

Con el vestido de seda negra de Vera Wang, el pelo rojo sujeto en un moño alto sobre la cabeza y un ramo de peonías rojas en las manos, Tess York miró al hombre sentado en el cuarto banco de la iglesia.

Su nombre era Damien Sauer. Moreno, alto y de aspecto fiero, como ella lo recordaba. Una vez habían sido novios, pero entonces había aparecido otro hombre… un hombre aparentemente tímido que le había parecido una opción más segura en ese momento. Entonces buscaba seguridad y eso era algo que Damien no podía darle.

El aroma a pino de la guirnalda decorativa dejó de parecerle romántico y festivo y, en lugar de eso, empezó a producirle náuseas. ¿Por qué había vuelto?, se preguntó, nerviosa. Aquél ya no era su sitio. Que ella supiera, se había ido de Minnesota años atrás para hacer fortuna en California. Los rumores decían que se había metido en el negocio inmobiliario y, supuestamente, era imparable. No tenía conciencia y había ganado millones comprando y vendiendo casas.

A Tess no le sorprendía su éxito. Seis años antes trabajaba como carpintero y albañil para una empresa constructora de la ciudad. Tenía buenas ideas, innovadoras, y las empresas se pegaban por contratarlo.

Pero vivir en Minnesota no había sido suficiente para Damien. Él

quería más y estaba dispuesto a arriesgarlo todo para llegar donde quería llegar.

Tess lo observó, inmóvil en su asiento, con la cabeza levantada de forma arrogante mientras Mary y Ethan hacían las promesas de matrimonio.

Ella había hecho todo lo posible por enterrar un pasado lleno de errores y penas. Sobre todo, su desastroso matrimonio. Junto con sus socias, Olivia Winston y Mary Kelley, había levantado una empresa de *catering* y decoración y tenía una vida cómoda y agradable. Lo único que quería ahora era actuar como si el pasado no existiera y seguir viviendo tranquila y feliz.

Pero el demonio había aparecido en la iglesia.

Tras ella, empezaron a sonar al piano las notas de una de las canciones de amor del *Fantasma de la ópera* y todos en la iglesia se volvieron, como estaba ensayado, para mirar a los intérpretes.

Todos salvo Tess.

Ella no podía apartar los ojos de Damien. A lo mejor, si no dejaba de mirarlo, conseguiría que se fuera. Casi soltó una carcajada ante tan estúpida idea. Damien no era un hombre al que se pudiera echar de ningún sitio. Tenía un carácter indomable.

Aunque había adelgazado un poco, sus hombros eran más anchos que antes. Pero su boca era ahora igual de dura que su expresión, como si no tuviera por costumbre sonreír.

¿Habría ido por ella? ¿Conocería a Ethan? ¿O, esperaba que no, a Mary?

Tess bajó la cabeza, incómoda. No estaba preparada para contarle a sus socias nada sobre su pasado…

A su lado, la experta en gastronomía de Sin Alianza, Olivia Winston, se volvió para mirarla.

—Oye, sé que esto parece Broadway, pero tampoco es para que te marees.

—Sí, bueno —murmuró Tess, distraída.

La morena arrugó el ceño.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada.

—Pues yo creo que te pasa algo —insistió Olivia.

Como no quería hacer una escena en la boda de su socia, Tess se obligó a sí misma a mirar a los cantantes. Tenía que calmarse, se

dijo. A lo mejor Damien no sabía que ella estaba allí. A lo mejor se había olvidado de ella. Con un poco de suerte, estaría casado y tendría dos hijos y un perro que se llamara *Buster*. Después de todo, habían pasado seis años. A ella le habían pasado muchas cosas en ese tiempo…

Pero mientras escuchaba a medias a los cantantes tuvo una extraña sensación, como si la estuvieran observando, como si tuviera insectos subiendo por el cuello hasta llegar al pelo. Era una sensación que sólo había experimentado una vez en su vida.

El día que le dio la espalda al diabólico Damien Sauer.

* * *

-¿Quiere que le lleve a casa, señor Sauer?

Mientras su chófer intentaba abrirse paso entre el congestionado tráfico de Minneapolis, Damien permanecía inmóvil en el asiento trasero de la limusina, el cuello de su abrigo rozando la dura línea de su mandíbula.

—No, lléveme al Georgian.

—Perdone, me parece que no le he oído bien…

—Lléveme al hotel Georgian —repitió Damien—. Voy al banquete.

—Pero, señor Sauer, usted nunca…

—¿Algún problema, Robert? —lo interrumpió él, impaciente, mirando cómo los copos de nieve caían sobre la acera.

El chófer lo miró por el retrovisor.

—Señor Sauer, ¿puedo hablarle con franqueza?

Damien levantó una ceja.

—Sí, puede… si sigue mirando la carretera. No estamos en el seco y soleado Los Ángeles. Las calles de Minneapolis pueden ser muy resbaladizas.

—Sí, señor. —Robert volvió su atención al tráfico, con las dos manos sobre el volante.

—Bueno, ¿qué quería saber? —le preguntó Damien, dejando escapar un suspiro.

—En los cuatro años que llevo trabajando para usted, ésta es la primera vez que acude a la boda de uno de sus socios.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Ya.

—¿Es un asunto importante, señor Sauer?

El chófer redujo la velocidad, giró a la derecha y detuvo la limusina. Damien levantó la cabeza.

—¿Ya hemos llegado?

—Sí, pero hay una fila de coches delante de nosotros.

Estaban muy lejos de la puerta del hotel, pero Damien Sauer no era un hombre acostumbrado a esperar.

—Me bajo aquí, Robert.

—Pero señor Sauer…

—Quédese en el coche.

—Muy bien, señor.

—Y, por cierto, he venido a esta boda por algo más importante que los negocios. —Damien salió de la limusina—. Espéreme en la puerta dentro de una hora.

* * *

El salón de baile del hotel Georgian era el sitio más espectacular de Minneapolis para un banquete de boda, con murales en los techos, lámparas de araña de cristal y el suelo de mármol blanco y negro. En cualquier estación del año aquel sitio impresionaba, pero en diciembre era fabuloso, decorado con las luces de Navidad, abetos, muérdago y, sobre los platos, barritas de chocolate artesanal dentro de un calcetín navideño en miniatura.

Tess York era una adicta al chocolate y, cinco minutos después de su llegada al hotel, su barrita había desaparecido. Y la única razón para que no se hubiera comido también la de Olivia era que Tom Radley, el primer cliente que había tenido Sin Alianza cinco años atrás y amigo de la familia de Mary, la había tomado de la mano para llevarla a la pista de baile antes de que pudiera meterse la barrita en la boca.

En un escenario rectangular al lado de la pista, una mujer que sonaba como Natalie Colé cantaba canciones de amor.

Al lado de Tess, Olivia y su prometido, Mac Valentine, bailaban

acaramelados. La pareja era tan guapa, tan elegante, que podrían ser tomados por dos estrellas de cine. Preciosa con un vestido de dama de honor similar al de Tess, su largo pelo oscuro cayendo sobre los hombros, Olivia la miró con una sonrisa en los labios.

—Bailas fatal.

—Vaya, gracias —contestó Tess, irónica.

—No es verdad —dijo Tom Radley—. No le hagas caso. Tess es elegante como un cisne y ligera como una pluma.

Olivia hizo una mueca.

—Mientras no te pise, claro.

—Tranquila, cariño —rió Mac, apretando su cintura.

Tess hizo un gesto, como apartando un mosquito.

—Déjame en paz, Olivia. Seguro que hay otra gente en la pista de baile cuya autoestima puedas cargarte esta noche.

Olivia soltó una carcajada.

—Sí, seguro. Como si alguien pudiera acomplejarte a ti. Tienes más confianza en tu dedo meñique que un oso pardo a la hora de comer.

—Ya. —Tess arrugó el ceño—. No sé cómo tomarme eso.

Siempre un caballero, Mac intervino:

—Era un cumplido. Y yo creo que bailas maravillosamente bien.

—Los halagos no te llevarán a ningún sitio conmigo, Valentine —le advirtió Tess.

Mac se volvió hacia su prometida para darle un beso en la mejilla.

—¿Y tú? ¿Los halagos me llevarán a algún sitio contigo?

Olivia le echó los brazos al cuello.

—Donde tú quieras, cariño.

Tess puso los ojos en blanco.

—Vamos a alejarnos de los tortolitos antes de que los querubines que sobrevuelan por aquí nos claven una flecha en el corazón.

—Ahora mismo —rió Tom.

Pero al otro lado de la pista de baile había un hombre esperándolos, con sus fríos ojos azules clavados en ellos con evidente hostilidad. Era alto, de hombros anchos y llevaba un elegante esmoquin. Llevaba el pelo negro muy corto y su boca parecía capaz de pronunciar las palabras más crueles.

A Tess se le puso el corazón en la garganta. Una cosa era verlo a

quince metros de distancia y otra muy distinta tenerlo delante, al alcance de la mano.

Damien Sauer se acercó a ellos.

—Si no le molesta… me gustaría bailar con la señorita.

—Pues claro que me molesta —contestó Tom, un poco nervioso—. Pero en fin… no me importa compartir.

—Eso es admirable —dijo Damien, tomando a Tess por la cintura—. A mí sí me importa.

Tess no era la clase de mujer que dejaba que un hombre le dijera lo que tenía que hacer, al menos ya no. Si otro hombre la hubiese apartado de Tom como acababa de hacer Damien, habría sentido la tentación de darle un puñetazo. Pero aquel hombre era diferente y también su propia reacción ante él. Era como si no hubiese pasado el tiempo y, una vez en sus brazos, se sintió tan bien que ni siquiera intentó apartarse.

—Hola, Tess.

Tess no había dicho su nombre en voz alta en seis largos años. Y aquél era tan buen momento como cualquiera.

—Damien Sauer. Vaya, vaya, ha pasado mucho tiempo.

—No tanto —dijo él. Su voz era profunda, más ronca de lo que recordaba, pero el tono era el mismo y provocó cien emociones diferentes—. Te vi en la fiesta de compromiso y pensé que tú también me habías visto. ¿O no?

—No… bueno, sí. Pero no pensé que… —Tess se encogió de hombros ante su incapacidad de formar una frase coherente—. Supongo que no estaba segura…

—Estás tartamudeando, Tess. Y eso es raro en ti.

Sí, lo era. Pero siempre le habían pasado cosas raras cuando aquel hombre la tocaba. Y, en aquel momento, la mano de Damien en su espalda y su cuerpo a unos centímetros estaban haciendo que le costase respirar.

—Lo que intentaba decir, sin mucho éxito, es que no sabía que Ethan y tú fuerais amigos.

—No lo somos. Él quiere comprar una de mis propiedades y yo esperaba una invitación para su boda.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Por qué?

Damien sonrió, burlón.

—Me han dicho que tu negocio es un éxito —contestó, ignorando su pregunta—. Te va muy bien.

Sus palabras sonaban más como una observación que como un halago.

—Sí, la verdad es que sí. Pero no tan bien como a ti, tengo entendido.

Él asintió.

—Cuando te fuiste de la ciudad, me concentré en el trabajo.

Claro que iba a hablar del pasado. Quería hacerla sentir incómoda, quería hacerla sudar.

—Eso está bien.

—Sí. De hecho, casi podría decir que te debo una gran parte de mi fortuna.

El aroma del abeto que había a su izquierda empezaba a resultar abrumador.

—Seguro que yo no…

—No seas modesta, Tess. Tú has sido mi inspiración.

Aquello era demasiado. Todo, los irónicos comentarios de Damien, su propio nerviosismo… No iba a dejar que un hombre la asustase. Ya no. Tess dejó de bailar. La música seguía sonando y la gente se movía en la pista, pero ella se limitó a mirar a Damien Sauer.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué has venido?

—Quería verte —contestó él, con una mirada que heló la sangre en sus venas.

—Bueno, pues ya me has visto —dijo Tess, dando media vuelta —. Gracias por el baile.

Damien la tomó del brazo.

—Te acompaño a tu mesa.

Ella habría deseado soltarse de un tirón, pero dejó que la acompañase para no montar una escena en la boda de su amiga. Y no pudo dejar de notar cómo lo miraban otras mujeres, con qué deseo, con qué fascinación. Como ella lo había mirado mucho tiempo atrás.

Cuando llegaron a la mesa, Tess se sentó, esperando que se marchase. Pero Damien se sentó a su lado.

—¿Cómo está Henry?

Tess miró sus ojos azules. No estaba allí por un asunto de negocios o sólo para verla. Había ido a la boda para enfrentarse con ella, para hacerle daño. Por qué ahora, después de seis años, no estaba segura.

—Mi marido murió. Hace cinco años.

Damien asintió con la cabeza. No parecía sorprendido.

—Lo siento.

—¿De verdad?

—Podría decir que no, pero ¿en qué me convertiría eso?

Tess se encogió de hombros.

—En una persona cruel.

—O sincera.

—¿Qué tal las dos cosas?

Por el rabillo del ojo, Tess vio a Mary y Olivia al otro lado de la mesa y su corazón dio un vuelco. Estaban mirando a Damien con curiosidad y conocía a sus socias lo suficiente como para saber que en treinta segundos estarían a su lado. Y ella no quería poner sobre la mesa los errores del pasado.

De modo que se volvió hacia Damien, esperando parecer tranquila.

—Pronto servirán la cena. A lo mejor podemos hablar en otro momento.

—¿Estás intentando librarte de mí, Tess? —preguntó él, estudiando su rostro.

—No.

—Sé cuándo estás mintiendo. Siempre lo he sabido.

—Muy bien. —Tess apretó los labios—. Mis socias vienen hacia aquí y ellas no saben…

—¿No saben nada de mí? —La interrumpió Damien, con un brillo diabólico en los ojos.

—No saben nada de ti, ni de Henry, ni de mi vida antes de que abriéramos la empresa.

—¿Por qué?

—No es asunto tuyo —contestó Tess. No tenía tiempo para eso. Mary y Olivia estaban a unos metros—. Puedes decir lo que quieras decir, pero no aquí, no ahora. En otro momento.

Él pareció pensárselo.

—Muy bien.

—Adiós entonces —dijo ella, aliviada.

Damien se levantó.

—Te veo mañana, Tess.

—¿Qué?

—Estaré en tu oficina a las once.

—¡No!

Mary y Olivia estaban casi a su lado cuando Damien se inclinó para hablarle al oído; el calor de su aliento hizo que se le pusiera la piel de gallina.

—No estoy aquí para recordar viejos tiempos —le dijo con voz ronca—. Estoy aquí para cobrarme una deuda.

—¿De qué deuda estás hablando?

—Hace seis años me hiciste una promesa que no cumpliste nunca. Y estoy aquí para que la cumplas. Porque si no lo haces, perderás todo lo que es importante para ti.

Luego se incorporó para estrechar la mano de la novia y felicitarla por tan brillante banquete. Atónita, Tess se quedó mirando su plato. Como a través de una niebla podía oír a Damien despidiéndose de sus socias…

—Qué guapo —dijo Olivia, sentándose a su lado.

—Guapo y encantador —añadió Mary, colocándose bien la tiara antes de sentarse en la silla destinada a la novia—. Y parecía encandilado con nuestra pelirroja.

—¿Le has pedido su número de teléfono, Tess? —preguntó Olivia.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, tengo su número —contestó con voz ronca.

Capítulo 2

En los cinco años que Tess York llevaba en Sin Alianza, había llamado para decir que estaba enferma tres veces. La primera, en el invierno de 2004, cuando pilló un resfriado de campeonato y prácticamente se desmayó mientras intentaba llegar hasta su coche. La segunda, el verano anterior, cuando le sacaron una muela del juicio. Y la tercera, aquel día, porque acababa de despertar con una resaca horrible.

Ella no era una gran bebedora. Bueno, en realidad ni siquiera era bebedora, pero la noche anterior, después de encontrarse con su pasado, había tomado demasiadas copas de champán.

Tirada en el sofá, vestida con un viejo chándal, miraba la televisión con su gata, *Hepburn*. Intentando olvidarse del dolor de cabeza, estaba viendo un programa en el que un vidente le decía a varios miembros del público que lo que tenían en su casa era un fantasma.

—A lo mejor podría decirnos cómo se libra uno de esos fantasmas —murmuró Tess.

Por el momento, ella sólo había dado un pasito para evitar al suyo. Mary estaba de luna de miel, de modo que Olivia sería la única que estuviera en la oficina aquel día. Tess sólo tenía una cita en su agenda de trabajo y estaba más que dispuesta a saltársela.

Mientras el vidente seguía hablando sobre el cielo y la luz brillante de la que había que alejarse, Tess cerró los ojos y dejó de darle vueltas a la cabeza un momento. Pero debió de quedarse dormida porque, cuando despertó, en la televisión había una

telenovela… y alguien llamando al timbre. Con una jaqueca espantosa todavía, se levantó del sofá y echó un vistazo por la mirilla.

Cuando vio quién era soltó una palabrota y se apoyó en la puerta, con una mano en el corazón.

Damien.

—¿Tess?

Se le revolvió el estómago al oír su voz.

—Tess, sé que estás ahí.

—¿Qué quieres, Damien? —gritó ella.

—Tú sabes lo que quiero. Lo dejé bien claro anoche. Abre la puerta.

—Estoy enferma.

—Sí, Olivia me lo ha dicho. Después de haberme tomado la molestia de ir a tu oficina.

Tess suspiró. No era así como ella hacía las cosas. Ella no se escondía detrás de la puerta para no tener que lidiar con las amenazas de un antiguo novio. Así era como la Tess casada había vivido, la Tess que tenía razones para sentir miedo. Pero esa parte de su vida había terminado.

De modo que se dio la vuelta y abrió la puerta.

Damien estaba en el rellano. Recién afeitado y con un traje azul marino tan elegante que probablemente sería de Gucci o de Armani.

Sabiendo que ella debía de tener el mismo aspecto que el muñeco de plástico que mordisqueaba su gata, levantó la cabeza y dijo en tono tranquilo:

—Yo no dije que quisiera verte, Damien.

Él la miró de arriba abajo, con una sonrisa helada.

—Vaya, ahí está.

—¿Ahí está quien?

—La peleona a la que yo conocí. La mujer que merece tener esa melena de fuego. —Damien se apoyó en el quicio de la puerta—. Anoche, cuando te oí tartamudear, pensé que esa chica había desaparecido. Y me pregunté qué o quién le habría robado el valor.

Pues que siguiera preguntándoselo, pensó Tess. Desde luego, ella no pensaba contarle nada de su vida con Henry o sobre las cicatrices que le había dejado.

Damien volvió a mirarla de arriba abajo.

—Pareces…
—¿Enferma?
—¿Bebiste anoche?
—Eso no es asunto tuyo.
—El champán te da dolor de cabeza, ¿recuerdas?
—No —mintió Tess.
—¿Vas a dejarme entrar?
—Creo que puedes emitir tus crípticos comentarios desde ahí.
—Muy bien, pero te he traído sopa de pollo calentita… bueno, en realidad Robert la ha comprado por mí. —Damien le mostró una bolsa—. Y me parece que te vendrá bien. Pero no puedes comer de pie…
—¿Quién es Robert?
—Mi chófer.
Tess puso los ojos en blanco.
—Llega un momento en el que la gente tiene demasiado dinero.
—No creas.
Damien intentó entrar, pero ella lo detuvo.
—La sopa primero.
Sólo lo dejó pasar cuando tuvo la bolsa en la mano. No sabía por qué. Seguramente para ponérselo un poco más difícil.
Después de echar un vistazo por el salón, Damien se sentó en el sofá. Tess apagó el televisor y se dejó caer sobre el sillón de piel, a dos metros de él.
—¿Me tienes miedo?
—El miedo es una emoción inútil —empezó a decir ella. Pero luego se encogió de hombros. En lugar de soltar citas inspiradoras, quizá debiera ser sincera… aunque un híbrido entre ambas cosas sería lo mejor con aquel hombre—. Después de lo que dijiste anoche, o no dijiste, creo que sentir cierta aprensión no sería una respuesta extraña.
Él se puso serio; la línea de su boca se hizo más dura.
—No, cierto.
Tess dejó la bolsa sobre la mesa de café y levantó la mirada.
—Bueno, ya está bien de tonterías. Los dos sabemos que ésta no es una visita de cortesía, así que di lo que tengas que decir.
Damien se echó hacia atrás en el sofá.
—¿Te acuerdas de la casita roja en Tribute?

Tess se sintió invadida por una oleada de recuerdos… y por una gran tristeza. Había sido su sitio, su primera casa. Damien la había comprado por muy poco dinero como primera inversión. Cuando eran novios compartían planes para el futuro y luego compartían cama en esa casita roja.

—Sí, me acuerdo.

—Quiero reformarla.

Eso la sorprendió.

—¿No lo has hecho todavía?

—No.

—Muy bien. ¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Tú me hiciste una promesa en esa casa una semana antes de irte.

A Tess se le encogió el corazón. ¿De qué promesa estaba hablando?

—No te entiendo.

—Prometiste ayudarme a reformarla. Querías convertirla en tu hogar, si no recuerdo mal. —Damien bajó la voz—. Y espero que cumplas esa promesa.

Ella lo miró, perpleja.

—No lo dirás en serio.

—Sí.

Entonces lo recordó todo. Había ocurrido una semana antes de marcharse, como él había dicho. Una semana antes de que Henry le pidiera que se casara con él. Una semana antes de que se viera obligada a aceptar que con un hombre como Damien nunca tendría la vida que ella quería. La clase de vida estable y segura que se había prometido a sí misma cuando tenía diecisiete años, tras la muerte de sus padres.

—¿Pero… por qué? ¿Por qué quieres ahora…?

—Es un capítulo al que tengo que poner fin —contestó él, sacando un sobre del bolsillo de la chaqueta—. Aquí están las llaves y la dirección… en caso de que la hayas olvidado. Y una cantidad de dinero en metálico.

—Pero…

—Necesito que empieces cuanto antes.

Aquel hombre estaba loco.

—Damien, no tengo intención de…

—Necesito que el trabajo esté terminado en dos semanas.

Tess ni siquiera intentó contener una risa amarga.

—Imposible.

—Dentro de dos semanas volveré a California y quiero asegurarme de que todo esté hecho para entonces. Y quiero una reforma completa, no sólo una capa de pintura y toallas nuevas en el cuarto de baño.

—Un momento —dijo ella entonces—. Eso es imposible. Faltan dos semanas para Navidad…

Damien se encogió de hombros.

—Puedes comprar lo que necesites en Tribute.

—Esto no tiene ninguna gracia. Yo llevo un negocio…

—Ya lo sé. Y, si así te sientes mejor, dile a tus socias que te he contratado. Mi esposa durante dos semanas, reformando nuestra casa.

Tess se levantó, indignada.

—No voy a jugar a este juego absurdo.

Damien se levantó a su vez.

—Mejor, porque a mí no me gustan los juegos. Irás a Tribute y reformarás mi casa.

—¿O qué?

—O esa empresa tuya tendrá que buscar un nuevo domicilio social. Eso cuesta dinero y, sobre todo, tiempo; algo que una empresa tan nueva como la vuestra no se puede permitir.

—¿Me estás amenazando? —preguntó Tess, entre dientes—. Porque a mí no me gustan las amenazas.

—Te estoy diciendo que pienses en tu futuro —respondió Damien con tono firme—. Y en el futuro de tus socias.

—¿Qué significa eso?

—Conozco al propietario del edificio y puedo convencerlo para que no os renueve el contrato de alquiler en enero.

A Tess se le encogió el corazón.

—¿Cómo sabes que el contrato vence en enero?

—Lo sé.

—¿Crees que es un imbécil al que puedes decirle lo que tiene que hacer?

—Claro. Porque yo soy ese imbécil.

Ella contuvo el aliento. Estaba intentando procesar lo que le

había dicho y, sobre todo, lo que eso significaba.

—Soy el propietario del edificio, Tess.

—No te creo.

—Mi empresa es la propietaria desde hace tres años.

—¿Por qué haces esto, Damien?

—Yo también tengo un negocio.

—¿Y qué clase de negocio es ése, una venganza? ¿Herí tus sentimientos al casarme con otro hombre y ahora quieres que pague por ello? Ha pasado mucho tiempo, Damien. Ya no somos niños.

Él sonreía como si no estuviera escuchándola.

—Te espero en la casa mañana por la tarde. No me decepciones.

—¿Quién eres tú? —le espetó Tess entonces—. ¿El Padrino? El hombre que yo conocí nunca haría algo así…

—El chico al que tú conociste era un idiota —la corrigió Damien, dirigiéndose a la puerta—. Espero que te guste la sopa.

Tess cerró de un portazo. Aquel imbécil… Nunca, para nada. No lo haría. Podía meterse sus amenazas donde le cupieran. Entonces vio la bolsa sobre la mesa de café y la llevó a la cocina. Pero mientras tiraba el contenido por el fregadero empezó a pensar…

Si Damien era el propietario del edificio, un hecho que comprobaría inmediatamente, podría hacer realidad su amenaza y echarlas de allí.

¿De verdad la odiaba tanto?

Tess se apoyó en la encimera, dejando escapar un suspiro. La jaqueca de antes había desaparecido, pero estaba a punto de tener otra… una que le duraría dos semanas.

* * *

Según algunos atletas y esa gente perfecta que iba al gimnasio todos los días, hacer ejercicio era la mejor manera de llegar a un estado de verdadera introspección.

Bueno, pues Tess contaba con ello.

—¿Reformar una casa? ¿Quiere pintarla o estamos hablando de renovar las cañerías?

Eran las siete de la mañana y Tess había quedado con Olivia en el gimnasio. Antes, a las 6:15, había ido a la oficina para echarle un

vistazo al contrato de alquiler… y descubrir que la empresa de Damien era la propietaria del edificio. De modo que no tenía más remedio que enfrentarse con la realidad. Damien quería venganza y, por su actitud del día anterior, no dudaría en echarlas de allí si no aceptaba sus condiciones.

Y, por eso, alrededor de las once se marcharía a Tribute. Iría, haría el trabajo y le diría adiós a Damien Sauer para siempre.

—No sé lo que voy a encontrarme cuando llegue allí, Olivia —le dijo a su socia, respirando con dificultad mientras caminaba por la cinta—. Tendré que esperar hasta que llegue.

A su lado, Olivia pedaleaba en una bicicleta a la velocidad de un caracol.

—¿El cliente no lo ha especificado?

—Ha pedido una reforma completa.

—¿Quién es el cliente, por cierto? ¿Lo conozco?

Tess vaciló.

—Es el hombre al que conociste en la boda de Mary.

Olivia levantó las cejas.

—¿El alto, moreno y guapo? ¿El que fue a buscarte ayer a la oficina?

—Sí, ése.

—Pues debe de tener prisa.

Tess se mordió el labio inferior. No le gustaba nada mentirle a su socia, pero no quería contarle la verdad en las presentes circunstancias. O lo que arriesgaban si no aceptaba el encargo.

—Hablamos ayer por la mañana. Necesita que haga el trabajo de inmediato porque debe volver a California en dos semanas.

—¿Quiere vender la casa?

—Eso creo.

—Pues es un encargo complicado en diciembre. ¿Seguro que puedes hacerlo sola?

—Sí, seguro. Haré parte del trabajo yo misma y luego contrataré a una empresa de reformas.

—Tendrás que pagar el doble… por las vacaciones —sin sudar una gota y con una sonrisa en los labios, Olivia bajó de la bicicleta y se colocó a su lado—. Hablando de las vacaciones, ¿qué planes tienes para Navidad?

Lo mismo que todos los años: quedar con la gente de su edificio

el día de Nochebuena para cenar y luego relajarse el día de Navidad.

—No estoy segura.

—Quiero que pases esos días con Mac y conmigo.

—Eres un cielo, Liv, pero…

—Nada de peros.

Tess bajó de la cinta y tomó su toalla.

—Ya veremos.

—Además, ya sabes que Mac tiene un amigo…

—Eso está muy bien. Todo el mundo necesita amigos.

—Pero yo quiero encontrar al hombre perfecto para ti.

—Yo no quiero al hombre perfecto, Liv.

Olivia soltó una carcajada.

—Bueno, ¿entonces qué tal si te busco a uno malo?

«Ya lo conocí», pensó Tess.

—Me marcho. Tengo que llevar a mi gata al veterinario antes de irme a Tribute.

* * *

Tess tenía un monovolumen estupendo. Era negro, con tracción a las cuatro ruedas, asientos de cuero, un estéreo de escándalo y un panel que incluso informaba sobre la temperatura exterior.

Normalmente no solía fijarse en ese panel, pero durante aquel viaje no dejaba de mirarlo. Porque no podía creer lo rápido que estaba bajando la temperatura… diez grados en treinta minutos.

El norte de Minnesota en invierno era lo más parecido al Ártico. Las gélidas temperaturas desde octubre hasta abril hacían que los lugareños estuvieran un poquito zumbados. Tess sacudió la cabeza. Y ella iba a pasar dos semanas allí… Menos mal que se había llevado su parka.

Poco antes de las dos salió de la autopista y recorrió la distancia que la separaba de Tribute, un pueblo en el que había cuatro calles con tiendas, una gasolinera y un restaurante. No había cambiado mucho en seis años y, por un momento, se recordó a sí misma compartiendo una hamburguesa con Damien… y muchos besos detrás de la gasolinera.

Tess detuvo el monovolumen frente a la casa y salió del coche. El suelo estaba cubierto por tres palmos de nieve pero, aparte de eso, la casita roja tenía el mismo aspecto que seis años atrás. Lo cual no era decir mucho.

Para empezar, tendría que darle una mano de pintura al exterior, poner una cerradura nueva, un farol en el porche y un llamador de hierro. Y eso sin haber visto el interior.

Una vez pensó que Damien había comprado aquella casa para ellos, para vivir juntos. Pero él le había dejado claro que sólo era una inversión, la primera de muchas, para arreglarla y venderla después. Y eso la hizo entender que querían cosas diferentes de la vida.

En el interior no había nada, ni un solo mueble. Sólo polvo y telarañas por todas partes.

Tess la examinó por encima y descubrió que los dos dormitorios estaban bien conservados. Sólo necesitaban una limpieza, una mano de pintura, nuevos picaportes e interruptores… pero la cocina y el cuarto de baño estaban, en una palabra, desastrosos. En ambos casos, además de pintar habría que cambiar el suelo, las encimeras, las lámparas, los electrodomésticos, los sanitarios…

Tess entró en el salón. También habría que renovarlo. Lo primero que haría sería ir al pueblo para pedir el número de teléfono de alguna empresa de limpieza.

—Así que tú eres la chica a la que Damien ha contratado.

Ella se volvió, sorprendida. Una mujer de unos sesenta años, con una cazadora azul marino y un gorro de lana, estaba en el pasillo, mirándola. Tenía la piel de color chocolate, los pómulos altos y unos ojos de un azul tan profundo que parecían violeta. Era bajita y más bien fornida, pero incluso a su edad seguía siendo una mujer bellísima.

—Hola, soy Tess York —se presentó, ofreciéndole su mano.

—Wanda Bennett —dijo ella, estrechando su mano con la fuerza de un leñador—. Tengo una tienda de alimentación en Tribute y soy la encargada del mercado inmobiliario de por aquí.

—Encantada de conocerla.

La mujer miró alrededor.

—Bonito sitio, pero necesita reformas.

—Sí, desde luego.

—Nunca he entendido por qué Damien la dejó así. No es su estilo.

No, no era su estilo. La había abandonado para chantajear a su exnovia seis años después. Pero no le parecía apropiado compartir esa información con Wanda. Claro que la mujer había llamado a Damien por su nombre de pila, de modo que quizá fueran amigos. Ya lo mejor sabía quién era ella y por qué estaba allí.

—Supongo que se preguntará por qué he entrado así, sin llamar.

—Acaba de decir que es usted la encargada de la inmobiliaria.

—Sí, bueno, en Tribute no hay inmobiliaria. Yo me encargo de enseñar las casas a la gente —sonrió Wanda—. He encendido la calefacción esta mañana, pero Damien quería que le diese esto —añadió la mujer, ofreciéndole un sobre.

—¿Qué es?

—Lo envió esta mañana. Por lo visto, pensó que le haría falta más dinero. Quiere la casa amueblada y decorada.

Tess miró el contenido del sobre. Había un fajo de billetes de cien dólares de al menos cinco centímetros de grosor. Pero ya le había dado cuatro veces esa cantidad… Aunque nunca se sabía los problemas que podía tener una casa vieja como aquélla.

—¿Hay una tienda de muebles en el pueblo?

—No.

—¿Lámparas, interruptores?

—Hay una ferretería en Tribute, en la calle Mayor, al lado del restaurante. Y puede comprar los muebles y las lámparas en Jackson, a setenta kilómetros del pueblo. Pero yo creo que Damien quiere que amueble la casa con cosas de por aquí. En Tribute hay gente que hace muebles, yo que usted hablaría con ellos.

—¿Trabajan rápido? Me temo que sólo tengo dos semanas.

Wanda se encogió de hombros.

—Eso depende.

Tess suspiró. Aparentemente, no iba a serle de mucha ayuda.

—Bueno, entonces me voy al hostal para dejar mis cosas.

—¿A casa de Ruby?

—Sí, he visto la dirección en la guía.

La mujer apretó los labios.

—No sé yo…

—¿Qué pasa? ¿Ruby es una asesina o algo así?

—No, Ruby es encantadora. —Wanda señaló el sobre—. Pero antes de ir a casa de Ruby creo que debería ir ahí.

—¿Dónde? —Tess miró la dirección escrita en el sobre—. ¿Qué es esto?

—Damien me ha dicho que debía estar allí a las cuatro.

—¿A las cuatro de hoy?

—Sí.

—Pero si son las tres y media…

Wanda hizo un gesto con la mano, como diciendo que no debía preocuparse.

—Está cerca. Yo le indicaré cómo llegar.

Suspirando, Tess sacó un bolígrafo del bolso. Maldito fuese Damien y sus demandas.

—¿Qué hay en esta dirección? ¿Un contratista, un fontanero o algo así?

La mujer volvió a encogerse de hombros.

—O algo así.

Tess guiñó los ojos.

—¿Le ha pedido Damien que fuera tan evasiva?

Wanda sonrió.

—Voy a decirle cómo llegar.

Capítulo 3

Tardó cinco minutos en llegar, pero todo el camino había sido cuesta arriba, por una carretera que empezaba a cubrirse de hielo. Cuando vio la casa pensó que se había equivocado y miró el sobre para comprobar la dirección.

No, no se había equivocado.

¿Quién viviría allí?, se preguntó. ¿Un artista famoso que se había cortado una oreja y luego se había mudado a Tribute buscando paz, tranquilidad y un clima helador?

Tess bajó del coche y recibió un golpe de viento del Ártico en la cara mientras miraba la fortaleza que tenía delante. Sería mejor que quien viviera allí tuviese algo que ver con las reformas de la casa de Damien Sauer o iba a cargarse a alguien.

No le sorprendería nada que aquello fuera un obstáculo que Damien había puesto en su camino para hacerle la vida imposible. Elegir cuadros antes de que estuvieran pintados o algo parecido. Sí, quería que la casa estuviera terminada en dos semanas, pero iba a ponérselo lo más difícil posible.

Le castañeteaban los dientes mientras llamaba al timbre pero, afortunadamente, no tuvo que esperar más de diez segundos antes de que se abriera la puerta. Por un momento, pensó que estaba cara a cara con Danny de Vito. Luego se dio cuenta de que era imposible e intentó sonreír.

—Hola, soy Tess York. Tengo una cita… con usted, creo.

—Entre, por favor.

En lo primero que se fijó al entrar en la casa fue en lo cálida que

era. No la construcción, que era moderna e innovadora, sino la temperatura. Aunque se había puesto el sol y fuera hacía un frío de mil demonios, la casa estaba muy calentita.

El hombre al que mentalmente se refería como Danny de Vito tomó su abrigo y le hizo un gesto para que lo acompañase al salón, un espacio perfectamente decorado con muebles modernos, algunos de ellos auténticas obras de arte, que hacían juego con la arquitectura de la casa.

—Siéntese, por favor.

—No, lo siento —dijo Tess. Tenía una regla: si no sabía dónde estaba y no conocía al propietario, se quedaba lo más cerca posible de la salida—. Esperaré aquí.

El hombre la miró, preocupado.

—A él no le va a gustar.

—¿Quién es él?

—Mi jefe.

Tess puso los ojos en blanco. Qué situación tan absurda. Al diablo con las órdenes de Damien. Si quería comprar cuadros o lo que fuera, que lo hiciese él mismo.

Quizá notando que estaba a punto de darse la vuelta, «Danny» dijo:

—Si no le importa esperar un momento, señorita York…

—Muy bien. Pero, en serio, espero que me aclaren esto lo antes posible.

Como un ratoncillo, el hombre se alejó y Tess empezó a contar hasta sesenta. Había llegado a cincuenta y uno cuando oyó que volvía el mayordomo… o lo que fuera.

Pero no era el mayordomo.

—¿Poniéndole las cosas difíciles al servicio, Tess?

El propietario de la mansión, con unos vaqueros y un jersey negro, estaba tan guapo que era un pecado.

—Tu casa, ¿eh? Debería haberlo imaginado. Y, para que lo sepas, no estaba intentando ponerle las cosas difíciles a nadie, estaba siendo firme. Pero a lo mejor él no está acostumbrado a ver mujeres con personalidad por aquí.

—Olin —sonrió Damien—. Se llama Olin.

—Muy bien. Pues a lo mejor Olin no está acostumbrado a ver mujeres con personalidad por aquí.

Damien se dejó caer sobre un sillón de cuero negro.

—Sólo viene una mujer por aquí y tiene mucha personalidad.

—Sólo una, ¿eh? Me alegro por ti —dijo Tess, sarcástica, sentándose frente a él.

—La has conocido hoy, de hecho.

—Ah, Wanda.

—Es una buena amiga.

—Qué bien.

—No traigo aquí a las mujeres con las que salgo.

Las mujeres. En plural. De modo que había muchas. Pues claro que había muchas. Tess intentó contener una absurda punzada de celos y se puso seria.

—¿Por qué estoy aquí, Damien? Y con tanto misterio.

—¿Misterio? —repitió él.

—No, olvídalo, no quiero saber la respuesta. ¿Querías que viera lo maravillosa que es tu casa, lo bien que te va en la vida? Pues ya lo he visto. Es fantástico, tienes éxito y dinero. Genial. Pero yo tengo un trabajo que hacer, uno que se me ha obligado a hacer, y me gustaría ponerme a ello lo antes posible.

—Le pedí a Wanda que no te dijera dónde ibas porque imaginé que seguirías enfadada conmigo y me darías plantón. Y necesitaba que vieras esta casa para que entendieras mi estilo, lo que quiero para la casita roja.

Ah, fenomenal, eso sí que tenía sentido.

—¿Quieres que decore una casita rústica con muebles contemporáneos?

—Las casas rústicas pueden tener toques modernos.

—Muy bien, rústico y moderno, una mezcla. —Tess se puso de pie—. Si le dices a Olin que me devuelva mi abrigo… tengo que ir a reservar habitación al hostal antes de que se haga de noche.

—No.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿No qué? ¿Olin no piensa devolverme el abrigo?

—No vas a alojarte en el hostal.

—¿Perdona?

—Ni en un hostal ni en un hotel.

Aquel hombre había perdido la cabeza.

—¿Y dónde voy a alojarme entonces?

—Aquí.

Tess se cruzó de brazos.

—Si crees que voy a quedarme aquí es que la polución de Los Ángeles te ha afectado al cerebro…

—No. No vas a alojarte en mi casa.

—¿Y entonces qué sugieres, que construya un iglú?

—Te alojarás en la casita roja —contestó Damien, como si fuera la solución más lógica y más natural.

—Esa casa está sucísima y no tiene muebles.

—Tú te encargarás de que los tenga.

Tess lo miró, rígida de ira. Le gustaría darle un izquierdazo de esos que había aprendido a dar en las clases de autodefensa. Pero eso era lo que Damien quería: verla frustrada y vulnerable.

Y eso no iba a pasar.

—Ah, o sea que quieres castigarme.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Inténtalo, Sauer —le advirtió ella, furiosa—. Pero si sentí cierta pena cuando te dejé hace seis años, ahora no sentiré ninguna cuando vuelva a mi casa.

Damien se levantó, mirándola con frío desprecio.

—Se está haciendo de noche. Olin te traerá el abrigo.

—No hace falta que se moleste. —Tess se dirigió a la puerta y, después de tomar su abrigo del perchero de hierro, salió dando un portazo.

* * *

Durante un año, Damien había ido a Tribute todos los fines de semana para supervisar la construcción de su casa. Era lo que siempre había querido, una casa de cristal de doce mil metros cuadrados; una fortaleza moderna y minimalista desde la que podía ver la casita roja. La había diseñado para poder ver la casita desde todas las ventanas. Era lo que quería, lo que necesitaba.

Cada vez que la miraba pensaba en Tess y el recuerdo de su traición lo había espoleado, lo había hecho más despiadado en su deseo de triunfar.

Damien tomó el ascensor que llevaba al tejado y salió a la

terraza. La nieve había empezado a caer en pequeños copos que se derretían casi inmediatamente después de tocar el suelo de piedra. Podía ver un paisaje inmenso desde allí, pero ni siquiera intentaba mirar más allá de los límites de Tribute. Su mirada descansaba, como siempre, en la casita. Un punto rojo que parecía reírse de él.

Ahora mismo estaba a oscuras. Evidentemente, ella no había llegado todavía.

—¿Señor Sauer?

—¿Sí?

—La cena está lista.

—No quiero nada esta noche, gracias.

Olin vaciló un momento.

—Muy bien, señor.

Damien no tenía hambre. Ni de comida ni de nada. Lo que quería era a Tess. Su cuerpo y su alma. Quería hacer que lo amase para luego aplastarla como lo había aplastado ella.

Y, después de lo que había ocurrido esa tarde, parecía estar en el buen camino…

* * *

-¿En serio?

Ruby Deets sacudió la cabeza y su cabello platino se movió de un lado a otro.

—Lo siento, cariño. Ojalá pudiera hacer algo por ti.

Muerta de hambre y haciendo un esfuerzo para no perder la paciencia, Tess apoyó las manos sobre el mostrador.

—Sí puede. Puede darme una habitación.

—No.

—¡Pero él no es su jefe!

—No, eso es cierto. —Ruby se inclinó hacia ella moviendo su doble papada—. Pero es el dueño del hostal.

Tess apretó los dientes.

—¿La tienda de alimentación está abierta?

La rubia miró el reloj de la pared.

—Tiene media hora.

—Muy bien, gracias.

—Tienes que haberle hecho algo muy gordo para que esté tan enfadado contigo —dijo Ruby.

—Es un hombre —replicó Tess, mirándola por encima del hombro mientras salía del hostal—. No es difícil enfadarlos.

Tres horas más tarde, Tess estaba sentada sobre una manta en el vacío salón de la casita. Después de quitar las telarañas y limpiar el suelo había encendido la chimenea y estaba comiéndose un sándwich y una bolsa de patatas fritas.

Entre el desagradable alojamiento y las cosas que daban vueltas en su cabeza, desde Damien a su pasado o la difícil reforma de aquella casa, no iba a dormir mucho esa noche.

Durante medio segundo contempló la idea de volver a Minneapolis y explicarle a Olivia con qué se enfrentaban. Su socia era una persona muy comprensiva y, sin duda, le daría una palmadita en la espalda, haría una cena de cinco platos, tres de ellos con chocolate, y luego sugeriría que buscasen una oficina nueva de inmediato.

¡Oh, qué pensamiento tan tentador!

Pero Tess no era una cobarde. De modo que tomaría el control de la situación y convertiría la casita roja en una casa cómoda y hogareña, pero con muebles modernos. Luego, cuando pasaran las dos semanas, volvería a su hogar y se olvidaría de Damien Sauer para siempre.

Pero para que eso fuera así, pensó, mordiendo el sándwich, tendría que ir siempre un paso por delante de él, intentando anticiparse a los obstáculos que iba a ponerle. Porque si había algo de lo que estaba segura era que Damien Sauer tenía planes para ella. Posiblemente planes destructivos. Y debía estar preparada.

Capítulo 4

—He puesto la cama en el maletero de su coche.

—Gracias, señor Opp. —Tess sacó varios billetes de cien dólares del sobre.

Eran casi las cuatro de la tarde y estaba agotada. Llevaba limpiando desde el amanecer. Más tarde, en el pueblo, le dieron el nombre y la dirección de aquel artesano al que le había comprado una bonita cama de cerezo, con colchón de muelles, y un par de piezas para el salón que iría a buscar unos días más tarde.

El señor Opp, un hombre alto y delgado de unos setenta años, tomó el dinero y lo guardó en un cajón.

—¿Qué tal unas *lefsa* con mantequilla por encima?

—No, gracias —sonrió Tess, mirando el plato con rebanadas de pan de patata. Media hora antes se había comido la mitad—. No creo que pueda comer ni una más.

—Pues te pondré una bolsa para el camino.

—Se lo agradezco.

Con la limitada variedad de alimentos que vendían en Tribute no pensaba declinar la oferta. Especialmente cuando la comida en cuestión estaba tan rica.

Mientras volvía a la casita roja se sintió un poco mejor, como si tuviera controlada la situación. Después de dormir sobre el suelo de madera, la idea de tener una cama era una enorme mejora. Sí, tendría que sacarla del maletero a pulso, pero para eso iba al gimnasio.

El sol estaba poniéndose en el horizonte cuando llegó a la casa

y, antes de meter la cama, decidió sacar algo de leña de la leñera. Había tenido la calefacción puesta todo el día, pero, como había descubierto la noche anterior, ésa no era la mejor fuente de calor del mundo en una casa vacía.

Después de colocarse cuatro troncos sobre los brazos, empujó la puerta con la cadera… e inmediatamente notó algo raro. Se inclinó para dejar los troncos en el suelo, intentando no hacer ruido. Su corazón había empezado a latir con fuerza, pero no sabía por qué.

¿Había alguien en la casa? ¿Algo?

¿Animal o humano?

Tess miró alrededor, buscando algo que pudiera usar como arma. No había ningún bate de béisbol y el hacha estaba fuera, en la leñera. Sin pensar, tomó uno de los troncos y lo levantó sobre su cabeza. Con el corazón en la garganta, se acercó de puntillas a la cocina y encendió la luz. No había nadie allí, seguramente solo fuera su imaginación.

Pero bajó la guardia demasiado pronto. Y el brazo, porque alguien la agarró por la cintura y le dio la vuelta, empujándola contra la encimera. El tronco se le cayó de las manos y Tess lanzó un grito mientras intentaba apartarse… hasta que vio quién era.

—¡Tú!

Con su rostro a unos centímetros del suyo, Damien Sauer susurró:

—Veo que te estás poniendo cómoda.

—¡Qué susto me has dado! —gritó Tess.

—Y tú casi me partes la cabeza con ese tronco.

—Menuda tragedia —replicó ella, irónica.

—Hoy pareces muy enfadada —dijo Damien, con un brillo de burla en los ojos.

—¿Ah, sí?

—¿No te gusta vivir rodeada de lujos?

Tess hizo una mueca.

—Vivir aquí está bien. El problema es la gente que entra sin haber sido invitada.

—Entonces deberías cerrar la puerta.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar mirándome desde esa fortaleza tuya de diez mil metros cuadrados?

—Doce mil.

—¿Qué?

—Que tiene doce mil metros cuadrados.

Tess puso los ojos en blanco. Aquel hombre era el ser más arrogante y más egocéntrico…

—Sólo quería comprobar qué tal estaba… mi mujer.

—Ya te gustaría.

—Eso es lo que vendéis tus socias y tú, ¿no? Una esposa temporal —sonrió Damien.

¿Cómo era posible querer golpear y besar a alguien al mismo tiempo? Estaban de pie, casi pegados el uno al otro, y Tess tuvo que hacer un esfuerzo para mirarlo a los ojos.

—Quiero que me sueltes ahora mismo.

Damien la soltó inmediatamente y dio un paso atrás. Ella se quedó donde estaba, apoyada en la encimera. Le había dicho esas mismas palabras a otro hombre muchos años antes, pero con diferente resultado.

—Como puedes ver, he limpiado un poco esto. Ah, y he comprado una cama.

—¿Una cama?

—Para dormir —contestó Tess, irónica.

—¿Dónde está?

—En mi coche.

Damien abrió la puerta y desapareció casi antes de que hubiera terminado la frase.

—¡No necesito tu ayuda! —le gritó Tess—. De hecho, no necesito nada de ti salvo…

A un paso del coche, Damien se dio la vuelta.

—¿Salvo qué?

Desde las tres a las cinco de la mañana, Tess había pensado mucho en eso. Damien no iba a ser el único beneficiado en aquel acuerdo. Ella ya no hacía las cosas de esa manera.

—Quiero que me prometas una cosa.

—¿Qué?

—Cuando termine de arreglar la casa, venderás el edificio de Minneapolis.

Damien se cruzó de brazos.

—¿Qué edificio?

—No seas obtuso. El edificio en el que está la oficia de Sin

Alianza.

Él la miró un momento y luego se volvió para abrir el maletero del coche.

—¿Tampoco has cerrado el coche?

—No creí que fuera necesario.

Damien sacó el cabecero.

—¿Y por qué iba a vender el edificio?

—Porque tú sabes que eso es lo que tienes que hacer y, bajo ese aspecto de canalla, eres una buena persona.

—No, en serio, ¿por qué iba a venderlo? —insistió él, dejando el cabecero en el porche.

—Porque volveré a Minneapolis ahora mismo si no lo haces.

—No lo harás. Te conozco…

—¡No me conoces en absoluto! —lo interrumpió ella. Lo había dicho de una forma tan apasionada que Damien se volvió—. No tienes ni idea de quién soy. Lo que he… lo que he visto en los últimos seis años… Estoy dispuesta a dejar que me obligues a decorar tu casa y me des órdenes durante dos semanas para proteger mi negocio y el de mis amigas, pero ni un día más.

Damien, sin decir nada, se acercó al coche para sacar el colchón.

—Cuando haya terminado aquí, creo que lo mejor será que me devuelvas al pasado, donde debo estar —siguió ella.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil, sí. —Tess le ofreció su mano—. ¿De acuerdo?

Damien se mantuvo en silencio durante unos segundos, pero después aceptó el trato. El calor de su mano hizo que, por un momento, Tess volviera al pasado. Se veía a sí misma en los brazos de Damien en aquella casa, lo veía besándola en el cuello, en los labios…

Y apartó la mano como si la quemara.

—Si has terminado, tengo cosas que hacer.

—He terminado —murmuró él, dando media vuelta.

—Oye, ¿cómo has llegado hasta aquí? No he visto tu coche.

—He venido andando.

—¿Quieres que te lleve? Está un poco lejos.

Damien negó con la cabeza.

—No, gracias. Está tan lejos como tiene que estar.

Y luego desapareció tan rápidamente que Tess no pudo

preguntarle qué había querido decir con eso.

* * *

Damien llegó a casa muerto de frío y de hambre. Pero el paseo le había sentado bien. Hora de aclarar su cabeza, de hacer nuevos planes y llenar sus pulmones de aire fresco. No podía hacer eso en Los Ángeles.

Olin estaba en el pasillo, esperándolo.

—¿Señor Sauer?

—Tienes cara de susto, Olin.

El hombre tomó su chaqueta y se la colgó del brazo.

—La señora Roth está aquí… y ha venido con el señor Kaplan.

Damien miró su reloj.

—Son casi las nueve.

—Les dije que era muy tarde, pero insistieron en esperar. Creo que el señor Kaplan es constructor.

—Sí, ya lo sé, Olin. ¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Veinte minutos. Pero iré a decirles que no puede verlos…

—No, no hace falta. Le dije a Irene que podía venir cuando quisiera —lo interrumpió Damien. Debería haber especificado que podía ir a verlo cuando quisiera de día, pero aquéllas eran circunstancias especiales y no podía mostrarse grosero—. Diles que voy enseguida.

—Sí, señor.

—¿Dónde están?

—En el estudio.

—Bien. —Damien empezó a subir la escalera.

—¿Señor Sauer?

—¿Sí, Olin?

—Sé que no es asunto mío, pero si está pensando en vender la casa le estaría muy agradecido si…

—No voy a venderla.

—Ah.

—No voy a vender esta casa.

* * *

Había veces en las que Tess York creía que no sentía nada, que la fealdad de su pasado le impedía sentir. Entonces, de repente, le sobrevenía una ola de emoción normalmente acompañada de recuerdos… no buenos recuerdos. Pero aun así, esa oleada le recordaba que seguía viva. Y tenía que verlo como algo positivo.

Esa noche se sentó en la cama para ponerse aceite de salvia en la escamosa piel del interior de sus muslos. Estaba reviviendo una oleada de emoción en aquel momento en la que la realidad de la quemadura que Henry le había infligido esa última noche, antes de dejarlo, se encontraba con la emoción de los recuerdos. Era una cosa rara porque siempre sentía la cicatriz, sentía los vaqueros rozándola o el agua cayendo sobre ella cuando estaba en la ducha.

Esa noche, sin embargo, le quemaba.

Y no podía dejar de pensar que era la presencia de Damien en su vida, la noción de que si lo hubiera elegido a él, su vida podría haber sido diferente… y aquella cicatriz no existiría. Pero ¿quién podría decirlo? A su manera, también Damien se había convertido en un monstruo.

Fuera, había empezado a caer la nieve. El día siguiente sería un día importante, empezarían las reformas de verdad.

Tess dejó el frasco de aceite en el suelo, se metió bajo las mantas y cerró los ojos.

Capítulo 5

El problema para elegir el color de la pintura era doble: demasiadas posibilidades y luego el factor «¿y si luego esto queda horrendo en la pared?». Normalmente, Tess podía pasar por encima de esos dos problemas en quince minutos. En los casi cinco años que llevaba en Sin Alianza había elegido colores para cien paredes distintas, pero aquella mañana llevaba una hora dándole vueltas.

—No sé… —murmuró por enésima vez.

—Podría pintarlas de blanco —sugirió Frank Hardy, el propietario de la tienda de pinturas.

—Sí, claro…

—¿Qué planes tiene para la casa?

—No estoy segura —suspiró ella. Ése era parte del problema, que no tenía un objetivo definido. Damien no le había dicho qué pensaba hacer con la casa después de que la hubiese reformado.

Frank tomó una muestra de pintura con el pomposo nombre de Cáscara de Huevo Básica.

—Los colores neutros siempre quedan bien.

Sí, bien, pero un poco aburrido.

—La cuestión es, Frank, que el propietario de la casa no es un hombre neutro y la casa no puede ser neutra.

—¿Conozco al tipo?

—Probablemente.

—¿Quién es? —preguntó Frank, empezando a impacientarse—. Si me dice para quién trabaja a lo mejor yo podría ayudarla.

Quizá, pero cada vez que le decía a alguien del pueblo que

trabajaba para Damien Sauer se encontraba con una puerta cerrada. Mejor guardarse esa información para sí misma.

—Creo que voy a probar con estos colores —le dijo, dándole varias muestras—. Me llevo el hierba para la cocina, el tostado y el beige para el salón, el mantequilla para el cuarto de baño y el azul para el dormitorio.

El hombre suspiró, aliviado.

—Y el exterior tendrá que esperar hasta que haga mejor tiempo.

—Sí, pero incluso entonces la casa tendrá que ser roja —dijo una voz grave tras ellos.

Tess y Frank se volvieron para mirar a Damien. Parecía más alto en aquella tienda tan pequeñita y estaba muy guapo con unos vaqueros, jersey negro y chaqueta del mismo color.

—Para ser un proyecto que, supuestamente, tengo que hacer yo y sólo yo, te metes demasiado —dijo Tess—. ¿Qué haces aquí?

—Necesito un rastrillo —contestó él.

—Sí, seguro. Estabas espiándome.

Damien sonrió.

—Me gusta comprobar qué se hace con mi dinero.

—¿Qué pasa con la confianza, tío?

—¿Tío?

—Ah, así que es usted el hombre «que no es neutro» —sonrió Frank.

—¿Estaban hablando de mí?

—No sabía que era usted, pero ahora que lo veo, lo entiendo todo.

—¿Qué entiende? —preguntó Tess.

Frank se encogió de hombros, metiendo las manos en los bolsillos del peto vaquero.

—Por qué ha tardado tanto en decidirse. El señor Sauer le hace eso a las mujeres.

—¿Qué, volverlas locas?

—En una palabra, sí.

Tess hizo una mueca.

—Huy, claro, no puedo decidirme —empezó a decir, poniendo voz de colegiala—. Es que me pone tan nerviosa…

Frank soltó una carcajada.

—Me cae bien esta chica.

—Sí, no me extraña.

Damien la miró de manera posesiva y Tess sintió un escalofrío por la espalda. Hacía tanto tiempo que no sentía nada parecido… apenas recordaba lo que era sentirse excitada. Una pena que el hombre que la había excitado fuera también el hombre que parecía dispuesto a hacerle la vida imposible.

Frank se aclaró la garganta.

—Muy bien. Necesito media hora para preparar doce kilos.

Tess le dio las gracias y luego salió de la tienda, con Damien tras ella. Era una fría mañana de invierno, pero unos débiles rayos de sol hacían que estar al aire libre fuese más o menos tolerable. Desde las farolas a las señales de tráfico o los escaparates de las tiendas, el pueblo entero estaba decorado para la Navidad y, sintiéndose alegre aquel día, Tess sugirió que diesen un paseo por el pueblo.

—He pasado por la casa —dijo él.

—¿Y qué tal va el encofrado de las paredes?

—Bien. Veo que has encontrado a Jamie y a Max.

—Los mejores pintores del pueblo, tengo entendido.

—¿Dónde vas ahora?

—Tengo una cita.

Damien se detuvo en medio de la acera.

—¿Una cita?

Tess tuvo que disimular una sonrisa de satisfacción.

—Tengo una cita con un… fabricante de suelos de madera.

Damien procesó esa información antes de asentir con un gruñido.

—¿Vas a Jackson?

—Sí. Había pensado en un suelo de tarima laminada…

—No, nada de tarima.

Tess lo miró.

—Te has vuelto muy exquisito, Sauer.

—¿Por qué? ¿Por qué me gustan las cosas de calidad, los materiales naturales?

—Un suelo de tarima puede estar muy bien.

—Quiero sólo los mejores materiales para la casa.

—¿Por qué? —Un golpe de viento la obligó a subirse el cuello de la parka—. ¿Qué planes tienes para esa casa? Si vas a venderla, ¿no deberías usar materiales baratos?

Damien se quedó callado un momento.

—No voy a vender la casa.

Muy bien. No iba a venderla. ¿Por qué eso la alegraba? ¿Por qué no la hacía sentir nada en absoluto?

El pueblo era muy pequeño y pronto se quedaron sin acera y sin tiendas, pero ninguno de los dos sugirió que deberían volver. Frente a ellos había un parque y Tess se dirigió hacia unos columpios. Apartando la nieve del asiento de plástico rojo, se sentó y empezó a columpiarse.

—Si pudieras elegir cualquier material para los suelos, ¿cuál sería?

—¿El suelo de mis sueños? —sonrió Tess.

—Sí.

Ella lo pensó un momento.

—Probablemente planchas de roble antiguo.

—Muy bien.

—¿Muy bien qué?

—Hazlo.

Tess rió, sin dejar de columpiarse.

—Eso cuesta cincuenta dólares por metro.

—Pídelo, pero que esté aquí a finales de semana.

—Imposible.

—Nada es imposible. Paga lo que tengas que pagar y estarán aquí en una semana —insistió Damien. Entonces sonó su móvil, pero miró el número y volvió a guardarlo en el bolsillo sin contestar —. De hecho, quiero que elijas todos los materiales y los muebles de la casa sin pensar en el dinero. Elige todo lo que tú quieras, todo aquello con lo que hayas soñado alguna vez.

Tess bajó del columpio.

—Venga ya, Damien…

—¿Qué?

—¿Qué elija todo lo que he soñado? ¿Para qué?

—No te entiendo.

—Quien no lo entiende soy yo. ¿Qué estás haciendo?

—¿No te gusta tu trabajo?

—Claro que me gusta pero… ¿qué quieres? ¿Demostrarme el dinero que tienes?

—No, no suelo lucirme de ese modo.

—No estoy interesada en tu dinero ni en lo que ese dinero puede comprar. No me impresiona. No significa nada para mí.

Damien rió amargamente.

—Me resulta difícil de creer.

—¿Qué quieres decir?

—Por eso te fuiste con un hombre al que no amabas.

—¿Qué?

—Henry te ofrecía seguridad. Pensaste que con él tendrías un futuro asegurado económica y emocionalmente. ¿No es cierto?

—Sí, es cierto.

—¿Y qué te ofrecía él? —Damien se acercó, mirándola a los ojos—. No mucho… sólo una esperanza de futuro.

—¿Tenemos que hablar de eso?

Tess se dio la vuelta, pero no llegó muy lejos.

—Y ahora míranos —siguió Damien—. Tu futuro, tu seguridad están en mis manos.

Ella se detuvo. El pasado no descansaría mientras uno de los dos siguiera viviendo en él. Y Damien claramente vivía en el pasado. Y parecía tan contento consigo mismo después de decir eso que Tess no tuvo más remedio que acercarse, desafiante.

—¿Quieres saber por qué me fui con él? ¿Por qué te dejé?

—Sí.

—Lo quería, Damien.

—No te creo.

—Estaba enamorada de Henry.

—Estabas enamorada de lo que creías que podía darte.

—Es lo mismo.

—No, no lo es.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Tess se dio la vuelta, pero Damien la agarró del brazo.

—Si lo querías a él, ¿qué sentías por mí?

—Deseo —contestó ella.

Los ojos del hombre se oscurecieron.

—Entonces esto no te importará.

Tess no tuvo tiempo de reaccionar cuando Damien se inclinó para buscar sus labios, sujetándola del cuello con la mano libre.

Era un beso duro, cruel y ella quería sentir repulsión, pero no era así. Cada músculo, cada centímetro de su piel se estremeció.

Hacía mucho tiempo que no la tocaban de ese modo, pero no era eso, era Damien. Era un artista, siempre lo había sido. Cómo la abrazaba, devorándola un momento y apartándose después para mordisquear sus labios…

Se dejó caer sobre él, agarrándose a las solapas de su chaqueta. Quería más, mucho más. Si estuvieran en la casita roja…

Pero ese deseo se convirtió en ansiedad cuando se dio cuenta de dónde estaba y lo que estaba haciendo. Así que lo soltó, apartándolo de un empujón.

—Esto no volverá a pasar. —Tess no lo miraba, no podía.

Esa vez se alejó y él no fue a buscarla. Pero sus palabras hicieron eco en el solitario parque cubierto de nieve.

—No estés tan segura.

* * *

-Come más despacio, Damien.

—No pasa nada.

—Te vas a atragantar.

Con las manos en las caderas, Wanda Bennett observaba a Damien devorar el plato que acababa de ponerle delante. Al fondo de su tienda había un mostrador donde servía hamburguesas, sándwiches o tortitas. Dependía de su humor. Y aquel día estaba de humor para hacer huevos.

Los huevos no eran la comida favorita de Damien, pero nunca intentaría convencer a Wanda para que hiciese algo que no quería hacer. Era igual que él, arrogante y obstinada. Si no tuvieran un color de piel tan diferente podría pensar que estaban emparentados.

—¿No vas a ir a Minneapolis esta tarde?

—Sí —contestó él. Tenía una reunión con un inversor—. Tengo que estar en el aeropuerto en veinte minutos.

—¿Por qué no comes en el avión?

Damien se encogió de hombros.

—Prefiero comer aquí.

—Las ostras y el champán son mucho mejor que mis grasientos sándwiches.

—Eso no es verdad.

—¿Cuál es el problema, la pelirroja?

Pues claro que era la pelirroja. Siempre era ella. ¿Por qué no podía dejar de pensar en Tess? ¿Por qué había tenido que besarla?

—Necesito una servilleta. O una manguera.

Wanda no le hizo caso.

—Sí, ya me imaginaba que no era sólo una empleada. Pero no es tu tipo, ¿no?

—Yo no tengo un tipo determinado.

—¿Ah, no? Entonces debe de ser una coincidencia que todas las mujeres que han venido aquí contigo fueran como palillos. Y yo juraría que más de una ha aparecido en las revistas. —Wanda sacudió la cabeza—. Nunca entenderé por qué un hombre como tú quiere salir con chicas que tienen encefalograma plano… pero no es asunto mío, ya lo sé.

—No, no lo es. —Damien se levantó, sacando un puñado de billetes—. La verdad es que esas mujeres no son nada complicadas. No tengo ningún compromiso con ellas…

—¿No sientes nada por ellas quieres decir? —lo interrumpió Wanda.

—Tengo que irme.

—Muy bien, vete.

Wanda Bennett era la única mujer que nunca le pedía algo que él no podía dar.

—Tess es mi pasado —dijo Damien por fin—. Ella me hizo como soy.

—¿Y cómo eres? —sonrió Wanda.

—Un tipo sin alma que hace lo que quiere y que no le importa a nadie.

—¿Un demonio en la cama y en el consejo de administración?

Él levantó una ceja.

—Tú nunca te casarías conmigo, ¿verdad?

—Si tuvieras diez años menos…

Damien se inclinó sobre el mostrador para darle un beso en la mejilla.

—Hasta mañana.

—Esta noche va a nevar —le advirtió ella—. Ten cuidado cuando vuelvas a casa.

* * *

Era casi medianoche, pero lo último que a Tess le apetecía era irse a dormir. Sobreviviendo a base de galletas y coca-cola, acababa de terminar de quitar las viejas baldosas de la cocina y el cuarto de baño. Los instaladores irían al día siguiente con las baldosas de piedra caliza que había encontrado gracias a Frank.

Tess encendió el estéreo que había comprado esa tarde. Le gustaba la música de los ochenta, especialmente Prince, y mientras tiraba las baldosas a la basura iba bailando por la casa. Estaba en medio del salón con la última pila de baldosas cuando ocurrió: oyó un crujido y, de repente, el suelo cedió bajo sus pies.

No tuvo tiempo de reaccionar y se quedó con un pie en el suelo y el otro en un agujero.

—Vaya, hombre —murmuró. Pero cuando intentó sacar el pie se dio cuenta de que la zapatilla se le había caído en el agujero y tenía sangre en la planta. Y un dolor agudo, como si se hubiera cortado con algo.

Después de limpiar la herida se puso una tirita, pero cada vez que movía el pie le dolía como un demonio. Y no dejaba de sangrar.

Iba a necesitar puntos, pensó. ¿Cómo podía haber tenido un accidente tan tonto?

—¿Tess?

El corazón se le puso en la garganta. Antes de ese momento nunca pensó que se alegraría tanto de oír su voz.

—Estoy aquí, en el dormitorio.

Damien entró, helado, cansado y enfadado.

—¿Estás loca?

—¿Lo preguntas en serio?

—Es medianoche y la puerta estaba abierta.

—Estaba trabajando.

—Si no hubiera pasado por delante de la casa… —Entonces vio que tenía sangre en el pie—. ¿Qué te ha pasado?

—El suelo del salón ha cedido y he debido de clavarme una astilla.

Damien se inclinó para inspeccionar el pie.

—¿Te has limpiado la herida?

—Sí, y me he puesto una tirita, pero sigue sangrando. Me parece que voy a tener que ir al hospital.

Él se incorporó para ir al cuarto de baño y volvió con un rollo de papel higiénico. Usó prácticamente todo y unos segundos después ella tenía el pie vendado como una momia.

—Gracias.

—De nada —murmuró Damien. Y luego la tomó en brazos.

—¿Qué haces?

—Llevarte al hospital.

—Puedo llamar…

—Una ambulancia tardaría un siglo. Estoy aquí y voy a llevarte al hospital.

—¿Pero no querías castigarme? —replicó Tess, burlona.

Damien apretó los labios.

—Te has hecho daño mientras trabajabas para mí. No hay nada más que decir. Y ahora cállate y ponme los brazos al cuello. Te estás escurriendo.

Capítulo 6

Mientras Tess estaba sentada en una silla de plástico en la sala de espera del hospital, Damien paseaba de un lado a otro. Esperar no era lo suyo. Sí, había otras personas allí, pero ninguna de ellas tenía nada serio, ninguna de ellas era nada suyo y no se le encogía el estómago al mirarlas.

—Pareces un animal enjaulado. Siéntate —dijo Tess.

Damien dejó de pasear. No se había dado cuenta antes, pero ella llevaba un pijama de franela roja y el pelo sujeto en un moño despeinado, con rizos cayendo por todas partes. Por supuesto, seguía llevando una sola zapatilla. No estaba muy elegante, pero resultaba encantadora.

—¿Estás apoyando el pie?

—No, no, lo tengo levantado, ¿ves? Siéntate, pareces un loco.

—¿Parezco un loco? ¿Quieres saber lo que es una locura?

—¿Qué haya tenido que dormir en una casa sin muebles? —sonrió Tess.

Damien hizo una mueca.

—Una locura es llevar zapatillas cuando uno está quitando baldosas.

—Es que era muy tarde.

—¡Estabas quitando baldosas!

—Mientras las quitaba llevaba botas. Luego, cuanto terminé, me puse las zapatillas.

—¿Y por qué? ¿No tenías que salir al porche?

—Sí, pero tengo unos zuecos allí.

—Mujeres —suspiró Damien.

—Somos geniales, ¿verdad? Complicadas, misteriosas…

—Yo no quería decir eso. ¿Te duele?

—Como si me hubieran sacado una muela —contestó ella—. Sin anestesia, claro.

—Vuelvo enseguida —dijo Damien entonces, acercándose al mostrador de información para hablar con la enfermera—. Esa mujer se ha cortado un pie y necesita que la atiendan de inmediato.

La enfermera no se molestó en mirarlo.

—Esta noche estamos muy agobiados. Tendrá que esperar.

—A mí no me parece que estén muy agobiados —replicó Damien—. En la sala de espera hay un hombre con un resfriado y otro que está borracho. La mujer de la que hablo está sangrando.

La enfermera se encogió de hombros.

—Lo siento. Las reglas son las reglas. Ella ha llegado la última y tendrá que esperar.

A la porra las reglas. Damien sacó el móvil del bolsillo y marcó un número.

—Por favor, salga fuera para usar el móvil —le indicó la enfermera.

Él no le hizo caso.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Greg, soy Damien Sauer.

—¿Damien? ¿Ocurre algo?

—Siento llamar tan tarde, pero tengo un problema en el hospital.

—¿Estás en el hospital? ¿Qué te ha pasado?

—A mí nada, a una amiga. Necesita un médico urgentemente, pero aquí tienen por norma atender a la gente por turno. Aunque yo creo que nadie más que ella necesita atención urgente…

—No te preocupes, yo me encargo ahora mismo —lo interrumpió el hombre.

—Gracias.

—No sabes cómo lamento que hayas tenido que pasar por esto. Te habrían atendido enseguida si supieran quién eres.

Después de hablar con el presidente del consejo de administración del hospital de Tribute, Damien se quedó donde estaba… y veinte segundos después sonaba un teléfono que puso a

todo el mundo en alerta roja. La enfermera que unos minutos antes le había pedido que esperase le dijo que enseguida los atenderían y, un minuto después, un médico y dos enfermeros aparecieron con una silla de ruedas para llevarse a Tess a una consulta.

—Muy bien —dijo ella, señalándole con el dedo—. ¿Qué has hecho?

Damien se encogió de hombros.

—Lo que tenía que hacer. Voy a traerte un café, ahora vuelvo —dijo, saliendo de la consulta.

—En serio, ¿os ha amenazado o algo? —le preguntó Tess a uno de los enfermeros.

—No, señorita.

—Entonces, ¿a qué vienen estas prisas?

—El hombre que la ha traído es Damien Sauer.

—Ya lo sé.

—Entonces sabrá que él ha financiado la nueva sala de Urgencias del hospital.

Tess suspiró.

—No, eso no lo sabía.

* * *

Damien condujo el coche por la pendiente que llevaba a su casa sin pisar una piedra o meterse en un solo charco. Impresionante. Aunque la mujer que iba sentada a su lado no parecía darse cuenta de nada. Los analgésicos que le habían dado en el hospital la habían dejado medio dormida, pero cuando detuvo el coche en el garaje levantó la cabeza.

—Hola.

—Hola —murmuró Tess. Tenía el pie vendado y en el maletero había un par de muletas que le habían dado en el hospital—. ¿Dónde estamos?

—En mi casa.

—No.

—No seas tonta, Tess. Ya has oído al médico: no podrás apoyar el pie en un par de días.

—Aquí no.

—Necesitas ayuda.

—No es verdad —replicó ella, desafiante—. Puedo arreglármelas sola.

—¿Cómo?

Tess dejó caer la cabeza sobre el respaldo del asiento.

—Muy bien, necesito ayuda —murmuró, pasándose una mano por la cara—. Pero se la pediré a otra persona.

—¿A quién?

—Volveré a casa. Puedes contratar a otro para que termine el trabajo.

Damien no pensaba apartarla de su vida por el momento. La necesitaba demasiado. Quería hacer que volviese a amarlo, volver a besarla, dejarla como lo había dejado ella…

—No quiero que otra persona termine el trabajo. Quiero que lo hagas tú, ése era el trato.

—¿Cómo crees que voy a hacerlo si no puedo apoyar el pie? Mañana llega el hombre de las baldosas para ayudarme a ponerlas y yo no…

—Yo lo haré.

—¿Qué?

—Yo ayudaré al hombre de las baldosas —repitió Damien—. Lo he hecho cien veces.

—Últimamente seguro que no.

—¿Crees que tengo miedo a ensuciarme?

—No, seguro que no —contestó Tess.

—¿Eso era un insulto o una insinuación sexual?

Ella se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? No sé si estoy hablando yo o los analgésicos.

Damien sonrió.

—Supongo que los dos. Bueno, ¿a qué hora has quedado con ese hombre?

—A las ocho —contestó Tess, nada convencida—. ¿Seguro que puedes trabajar con las manos ahora que eres «el señor Damien Sauer, constructor y millonario que dona millones para construir nuevas salas de hospitales»?

—Es una manera de ahorrarse impuestos.

—Ah, qué corazón tan grande tienes…

Riendo, Damien bajó del coche.

—Voy a llevarte en brazos.

—Y yo voy a dejarte —murmuró Tess.

—¿Te duele?

—Mucho, más que antes. Es como si un psicópata estuviera metiéndome un sacacorchos.

—Eres la única persona que puede bromear cuando le duele algo.

—¿Quién está bromeando?

Damien subió con ella en brazos al segundo piso. Había llamado a Olin para pedirle que preparase el dormitorio de invitados que daba al jardín. Nunca lo admitiría, pero tenía a Tess en mente cuando diseñó esa habitación, con ventanales que llegaban hasta el techo. Y, a pesar del dolor, Tess tuvo que sonreír.

—Bonito sitio.

—Tiene una vista preciosa por las mañanas. —Damien la dejó sobre la cama.

—¿Es tu habitación?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes que tiene una bonita vista por las mañanas? Bueno, déjalo.

—¿De qué estás hablando?

—Por aquí han pasado muchas mujeres, ¿verdad?

—¿Eso importa?

—No —contestó Tess.

—Relájate, anda. ¿Quieres que te ayude a quitarte algo?

—Tú inténtalo.

Damien sonrió mientras le daba una pastilla.

—Tómate esto.

—Encantada. —Tess se tomó la pastilla con un sorbo de agua y después volvió a apoyar la cabeza en la almohada—. Y gracias.

—¿Por qué?

—Por ayudarme. Pero sólo será una noche y luego…

—Déjalo, Tess.

—Yo me curo muy rápido. Mañana estaré mejor y no tendrás que cuidar de mí…

—Lo entiendo —la interrumpió Damien—. No quieres depender de nadie. Venga, duérmete.

Tess cerró los ojos y él se quedó a su lado un momento.

Sí, quería tocarla otra vez, quería que lo necesitase, pero tenía que estar alerta. Si se acercaba demasiado, si dejaba que le importase demasiado, existía la posibilidad de que terminase necesitándola él mismo. Y eso no podía permitirlo.

* * *

Tess estaba soñando. Era una de esas situaciones en las que sabía que estaba soñando y quería seguir haciéndolo para ver qué pasaba. Estaba en una competición de baile y su pareja no sabía sujetarla correctamente. Cada vez que lo intentaba, acababa dejándola caer al suelo. A su alrededor, otras parejas hacían giros y vueltas, pero Tess estaba de pie en medio de la pista, esperando que aquel hombre la agarrase como tenía que hacerlo.

No lejos de ellos, en la mesa de los jueces, Damien estaba sentado en un trono, mirándolos como si la escena le pareciese de lo más desagradable. Cuando la música cesó y las parejas dejaron de bailar, se acercó a ellos alargando una mano…

Y entonces Tess abrió los ojos. La música había desaparecido, junto con todo lo demás. Estaba en la habitación de Damien y el pie vendado le dolía horrores. Alguien había abierto las cortinas. Fuera, el cielo era gris, como si estuviera demasiado cansado como para contemplar la mañana…

«A lo mejor en una hora o dos», parecía decir.

Al otro lado de la habitación, Damien estaba dormido en un sillón frente a la chimenea.

Su primera reacción al verlo fue sentirse reconfortada por su presencia. Pero eso no podía ser, ¿no? ¿Reconfortada por el hombre que quería hacerla sufrir? Eso no sonaba como algo con lo que ella pudiera sentirse cómoda.

Se quedó mirándolo, un Adonis con vaqueros y camiseta. ¿Habría dormido allí toda la noche?, se preguntó. ¿Por qué? ¿Por qué la había llevado al hospital, por qué la llevaba a su casa?

¿Por qué parecía odiarla un momento y tratarla con tanto cariño al siguiente?

Entonces vio algo en el suelo, a su lado: su maleta. Había vuelto a la casita roja para buscar sus cosas. De modo que esperaba que se

quedase allí más de un día…

Tess intentó ponerse cómoda, pero la venda del pie se lo ponía difícil. Y no podía ni imaginar apoyarlo en el suelo.

En fin, Damien iba a salirse con la suya porque no podría ir a ninguna parte. Entonces sintió una oleada de pánico. Odiaba estar inmovilizada, incapaz de levantarse. Le recordaba esos días interminables con Henry, cuando él vigilaba cada uno de sus movimientos y la retenía si intentaba abrir la puerta.

—Estás despierta.

Damien estaba mirándola, tan guapo, tan diabólico.

—Sí, estoy despierta.

—¿Estás bien?

—No puedo dormir.

—¿Te duele el pie? —Damien se levantó.

—Sólo si lo muevo.

—Entonces no lo muevas.

¿Por qué parecía tan preocupado? ¿Quería ayudarla a curarse para que volviera al trabajo lo antes posible? ¿Estaba dispuesto a ser agradable con ella para que terminase de reformar la casa?

Mientras tomaba dos analgésicos más, pensó que se había vuelto muy desconfiada. Siempre le parecía que había un motivo oscuro detrás de cada cosa. Y odiaba eso.

Pero ¿no había siempre un motivo oculto con los hombres?

Tess señaló la maleta.

—Gracias por traer mis cosas.

—De nada.

—¿Sabes una cosa, Damien? No estoy cómoda aquí.

—Lo sé.

—Contigo cuidando de mí, quiero decir.

—Ya.

—De hecho, no me gusta nada.

Damien sonrió.

—Pues se siente.

—Deberías ir a tu habitación a dormir un rato —sonrió Tess.

Él no se movió. Estaba mirando sus labios…

—Sí, seguramente es lo que debería hacer.

Pero, en lugar de hacerlo, se inclinó para besarla.

Capítulo 7

Damien supo, en cuanto rozó sus labios, que acababa de comprar un billete para el infierno.

Nada, ni siquiera el pie vendado, era suficiente para detenerlo. Era como si hubiesen vuelto atrás en el tiempo. Tess olía igual, ese suave aroma a vainilla que lo volvía loco. Tocó su cara, sintió que abría los labios para devolverle el beso… y su corazón se aceleró, golpeando contra sus costillas como si quisiera salirse de su pecho.

Echando la cabeza hacia atrás, miró esos grandes y hambrientos ojos grises. Nunca había deseado algo tanto como deseaba aquello y, cuando ella sonrió, volvió a besarla, devorándola, cambiando de ángulo, mientras los rizos pelirrojos le rozaban la cara.

Dejando escapar un suspiro, Tess tomó su cara entre las manos para acercarlo más y Damien se puso duro como el granito. Aquello iba a ser un castigo para los dos, un placer para los dos.

La besó en el cuello, buscando la zona donde latía su pulso. La mordisqueaba como a ella siempre le había gustado mientras buscaba los botones del pijama con dedos ansiosos.

—Bésame —susurró Tess—. Bésame para que no pueda decir que no.

Sus palabras lo excitaron, pero en ellas había una advertencia… estaba perdiendo la cabeza. Quería su boca de nuevo, quería saborearla, chuparla, morderla y hacerla temblar, ponerla húmeda.

No podía esperar para tocar su piel de porcelana. Damien metió la mano bajo el pijama para acariciar sus pechos y ella se arqueó, gimiendo, el sonido llenándolo de anhelo. Damien liberó los

botones del pijama y bajó la cabeza para rodear la aureola con la lengua hasta que el pezón se endureció.

Tess echó la cabeza hacia atrás, suspirando. Damien tomó el pezón en la boca y empezó a chupar. Lo hizo una y otra vez hasta que los suspiros de Tess se convirtieron en gemidos. Siguió haciéndolo mientras bajaba una mano hasta llegar a la cinturilla del pijama… pero entonces Tess se tensó y sujetó su mano.

Damien levantó la cabeza, sorprendido.

—Es… el pie. Me duele.

—Maldita sea. Lo siento. —Damien se sentía como un imbécil. ¿Qué clase de hombre intentaba seducir a una mujer que acababa de salir del hospital? A lo mejor la clase de hombre que sólo estaba buscando cobrarse una deuda, pensó—. Me voy.

—¿A la cama?

—No, voy a la casita. A poner las baldosas.

—Pero es muy temprano.

—Cuando llegue allí habrá amanecido del todo.

—Bueno, como quieras.

Damien levantó una ceja.

—No te muevas de aquí.

—Oye…

—Si necesitas algo —la interrumpió él, tenso como una cuerda de piano—, Olin estará aquí. Sólo tienes que llamar por el intercomunicador.

—Iré sólita al cuarto de baño —dijo Tess.

—Sí, por supuesto. —Damien se acercó a la chimenea para tomar las muletas—. Úsalas sólo si es absolutamente necesario.

—Sí, señor —ella hizo un saludo militar.

—Y si te aburres, hay libros en la mesilla. Y ahí está la televisión. —Damien señaló el arcón que había al pie de la cama—. Sólo tienes que usar éste mando.

—¿En serio? ¿Dentro del arcón?

—Sí.

—Qué ideal.

Tess estaba sentada en la cama, despeinada, con las mejillas rojas y tan *sexy* que Damien temió explotar por combustión espontánea.

Aquello era demasiado. No podía seguir mirándola ni un minuto

más.

—Volveré alrededor de las doce.

* * *

Una vez, un conejo quedó enganchado en un cepo. Se quedó allí durante horas hasta que pensó que iba a volverse loco y luego procedió a comerse su propia pata para salir del cepo. Sí, estaba sangrando y le dolía mucho, pero era libre.

Con las muletas bajo los brazos, Tess se dedicó a explorar el segundo piso. Era lo único que podía hacer. No podía bajar la escalera porque se había imaginado a sí misma rodando hasta el primer piso y teniendo que estar en la cama de Damien durante semanas y semanas.

Despacio, pasó por delante de un par de dormitorios, luego un gimnasio y una sala de billar. Ninguna de esas habitaciones despertó su curiosidad. Pero entonces, al final del pasillo, vio una sala grande, cuadrada, una biblioteca llena de libros. Los muebles eran una mezcla de chenilla y cuero y en medio de la pared central había una chimenea.

Perfecto. Había un buen fuego encendido y, después de tomar un par de novelas, Tess se sentó frente a la chimenea en el sofá de piel marrón.

Con el pie apoyado en una mesa, le pareció ver algo por el rabillo del ojo y, cuando se volvió, el hombre al que ella conocía como Danny de Vito entraba en la habitación.

—Buenos días, señorita York.

—Buenos días, Olin. ¿Todo bien?

—Sí, claro.

—Me alegro, porque quería pedirle disculpas por lo del otro día. Fui un poco antipática.

—No, señorita.

—Venga, Olin. Puede decirlo.

El hombre sonrió.

—Parecía usted… disgustada.

—Lo estaba. Pero seguro que no es la primera vez que se encuentra usted con una mujer disgustada. Ya sabe, siendo su jefe

como es.

La sonrisa de Olin desapareció.

—¿Quiere algo, señorita York? ¿Un café, el desayuno?

—No, gracias.

—Puedo ayudarla a volver a la habitación, si quiere.

—Gracias, Olin. Pero aquí estoy perfectamente.

—Pero el señor Sauer dijo que no debería moverse de la cama…

—Ya me imagino, pero yo no acepto órdenes del señor Sauer.

El hombre hizo una mueca de horror y Tess se encogió de hombros.

—Estoy bien aquí, de verdad. No se preocupe.

El mayordomo no parecía nada convencido.

—Sí, señorita —dijo por fin.

Tess volvió a su novela, pero media hora después empezó a sentirse inquieta. Apoyándose de nuevo en las muletas, dio una vueltecita por la habitación, sin buscar nada en particular. Pero al ver un escritorio antiguo se sintió intrigada. Sólo había dos cosas encima: folios blancos con las iniciales DS en el margen derecho y un bolígrafo de plata. Tenía que ser el escritorio de Damien, pensó, sentándose en la silla.

Ella nunca había sido fisgona, pero sentía cierta curiosidad. Dentro del primer cajón encontró unos papeles, un mapa de China y una cajita de caramelos. Tess no sabía qué estaba buscando hasta que lo encontró: dos fotografías. La primera era de ella y Damien en su apartamento de la universidad. ¿Por qué la tendría allí?, se preguntó.

Damien y ella parecían tan jóvenes y tan felices… ¿Por qué no podía recordar esa sensación?

Luego miró la segunda fotografía… y se quedó helada. ¿Cómo la había conseguido? La foto era del día de su boda. Henry y ella estaban uno al lado del otro, con el ramo de novia entre los dos. Al contrario que en la primera fotografía, ella no parecía feliz, pero sí esperanzada. Las cosas aún no habían empezado a cambiar, Henry no había mostrado su otra cara todavía y sonreía, contento. Tess sintió un escalofrío por todo el cuerpo, pero la sensación se quedó en la cicatriz del muslo, esa odiosa cicatriz que no se iba nunca y tenía que ser explicada cada vez que un hombre intentaba tocarla por debajo de la cintura.

Entonces recordó los besos de Damien por la mañana. Había estado a punto de tocarla y él era la última persona en el mundo que debería ver esa cicatriz.

Respirando profundamente, volvió a guardar las fotografías en el cajón. Pero cuando estaba cerrándolo, oyó su voz:

—Antes no eras tan fisgona, Tess York.

Sobresaltada, ella se apartó del escritorio, buscando las muletas.

—¿Necesitas ayuda?

—No, no.

—¿Has encontrado algo interesante?

—¿Eh?

—En mi escritorio. Cuando entré estabas mirando algo.

—Una araña.

Damien levantó una ceja.

—¿Has visto una araña?

—Una araña negra, gorda… enorme —contestó Tess, sabiendo que estaba quedando como una tonta—. Bueno, bien, de acuerdo, estaba cotilleando y he visto dos fotografías. Lo siento, sé que no debería…

Él no dijo nada y mostró una expresión indescifrable. ¿Estaba enfadado, avergonzado? Imposible saberlo.

—¿Tienes hambre?

—Un poco —contestó ella.

—He decidido que vamos a comer en tu habitación.

—Muy bien —dijo Tess. No le importaría descansar el pie, que empezaba a dolerle de nuevo.

—Te veo allí en diez minutos. Antes tengo que darme una ducha.

Ella se detuvo y, por primera vez desde que la había pillado fisgoneando en su escritorio, lo miró. Estaba manchado de yeso y cal de la cabeza a los pies. Lo había visto así muchas veces cuando eran jóvenes, cuando trabajaba como albañil…

—¿Qué?

—¿Qué? —repitió ella, haciéndose la inocente.

—¿Por qué pones esa cara?

—Me acabas de recordar a alguien a quien conocí hace mucho tiempo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Solía ir a buscarme manchado de pintura o de yeso.

—Sí, me acuerdo de ese tipo —asintió Damien, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón—. Tenía tantas ganas de verte que no pasaba por su casa para ducharse.

—Y yo le dejaba usar mi ducha, ¿te acuerdas? —sonrió Tess.

—Hacías algo más que eso.

Ella apartó la mirada.

—Venga ya.

—No, en serio. Se te daba muy bien quitarme la pintura de los sitios más recónditos.

—Siempre he sido una persona concienzuda.

—Desde luego —de repente, Damien la tomó en brazos—. Una pena que tengas el pie vendado. Me vendría bien un poco de ayuda en la ducha ahora mismo.

Tess sintió el deseo de apartarse, de no estar en sus brazos. Pero ese deseo desapareció de inmediato. Daba igual cuáles fueran sus motivos para llevarla a Tribute; sabía en su corazón que Damien Sauer nunca la haría sentir como un animal atrapado.

Estaban ya en la puerta cuando ella dijo:

—Espera, mis muletas.

—No, nada de muletas. Nada de volver a levantarse de la cama.

—Muy bien. Le diré a Olin que venga a buscarlas. Ahora somos uña y carne.

—Sí, seguro. —Damien la tomó en brazos—. Venga, Tess. Necesito que te pongas buena para que termines el trabajo.

Ella soltó una risita.

—¿El trabajo manual te ha dejado agotado?

—Poner baldosas es algo que no me ha gustado nunca. Pero me gustaba la construcción. —Damien entró en el dormitorio y la dejó sobre la cama—. Puede que no lo creas, pero a veces sigo yendo a las obras para poner ladrillos.

—No me lo creo.

—No te muevas de ahí. Vuelvo en diez minutos —dijo mientras la dejaba en la cama del cuarto de invitados.

—Ay, no tardes —dijo Tess, irónica.

—No te queda más remedio que esperar —sonrió Damien.

Por primera vez en mucho mucho tiempo, Tess vio que un hombre se alejaba y disfrutó de la panorámica de su estupendo

trasero.

* * *

La última vez que comieron en la cama no habían pasado de la ensalada.

Y si el albornoz de Tess seguía abriéndose, dejando al descubierto la curva de sus pechos, tampoco aquel día iban a comer mucho.

Tumbada en la cama, con el pelo suelto y sin una gota de maquillaje, Tess levantó un sándwich y anunció:

—Esto puede rivalizar con el *croque monsieur* de Olivia.

—¿Te gusta?

—Mucho. La salsa está riquísima. Y el jamón… y las patatas fritas están de cine. ¿Cómo las hace? Son muy ligeras.

—Si quieres saberlo, pregúntale a Mario.

—No puedo creer que tengas un chef.

—¿No puedes creer que tenga un chef o que haya ganado dinero suficiente para contratar a uno?

Tess dejó de comer.

—Siempre supe que triunfarías, Damien.

—Ya.

¿Por qué le resultaba tan difícil de creer?

—Es verdad. Siempre supe que conseguirías tu objetivo de ganar un millón de dólares.

—Una pena que un millón no fuera suficiente —sabía que hablaba como un tonto engreído, pero Damien no se molestó en pedir disculpas.

—Y estás equivocado sobre mí —dijo Tess entonces, dejando el sándwich en el plato—. A mí me daba igual el dinero, me sigue dando igual. Tú conoces mi historia. Perder a mis padres tan joven y no tener otra familia… fue terrible para mí. Pero nunca busqué dinero. Lo único que quería era una familia, una vida cómoda y…

—Segura. —Damien terminó la frase por ella.

—Eso es. Una vida cómoda y segura era lo que quería, lo que necesitaba para ser feliz.

—Y yo no era seguro.

—No, no lo eras. Entonces querías arriesgarte, querías probar cosas nuevas. Te ha ido bien y me alegro por ti.

Damien no quería que se alegrase por él. Y no quería sentirse orgulloso de que Tess se alegrase.

—O sea, que tomaste tu decisión basándote en eso.

—Sí.

—¿Y fuiste feliz con Henry?

La expresión que cruzó su rostro fue breve, pero muy indicadora: auténtica repulsión. Damien la miró, sorprendido. ¿Qué demonios…? ¿Qué había pasado cuando se marchó de Minneapolis, cuando lo dejó? ¿Qué había sido de la elección segura?

Iba a preguntar cuando fueron interrumpidos por un golpe en la puerta.

—¡Entre! —gritó, irritado.

Era Olin, con una apropiada expresión bovina.

—¿Señor?

—¿Sí?

—Lo siento, pero hay un problema con la casita…

—¿Qué problema?

—Que han descerrajado la cerradura.

—¿Qué? ¿A las dos de la tarde?

—Los albañiles se habían ido a comer y, cuando volvieron, había alguien dentro.

Damien soltó una palabrota.

—¿Quién?

—Una joven —contestó Olin.

Damien miró a Tess, que estaba sonriendo.

—¿Alguien que conoces?

—Lo dudo. Las mujeres que conozco nunca tirarían una puerta para verme… por el momento.

—¿Seguro?

—En realidad, señorita York —empezó a decir Olin—, la joven es amiga suya.

—¿Qué?

—Está abajo, en el vestíbulo. La ha traído la policía. ¿Quiere hablar con ella?

—Que suba ahora mismo —contestó Damien.

Capítulo 8

—Tú sabes que has hecho una locura, ¿no?

Mientras se sentaba en la cama, en el mismo sitio que Damien había ocupado sesenta segundos antes, Olivia Winston la miraba con cara de preocupación.

La socia de Tess, chef extraordinaria… y, después de aquel día, delincuente, no parecía afligida por lo que había hecho.

—Voy a llevarte a casa ahora mismo.

—No puedo irme —protestó Tess.

Olivia arrugó el ceño.

—¿No puedes? ¿Ese hombre te tiene retenida contra tu voluntad?

—No, no. Es que me hice un corte en el pie cuando estaba trabajando… pero no es nada.

Se preguntaba dónde estaría Damien, que había sido muy amable con Olivia antes de salir de la habitación.

—Cuando llamaron del hospital preguntando por ti, me llevé un susto de muerte y…

—¿Te llamaron del hospital?

—Sí, llamaron a la oficina. Fue el número que diste en Urgencias —contestó Olivia, enfatizando la última palabra.

Tess, con la cabeza en la almohada, suspiró.

—Siento haberte asustado. Me han dado unos cuantos puntos, nada más.

Olivia tardó un momento en procesar esa información, pero luego pareció tranquilizarse.

—Entonces, ¿estás bien? ¿Ese tipo no es un secuestrador?

—No, qué va.

—¿Te trata bien?

Tess soltó una carcajada.

—Muy bien. No te preocupes.

—Venga, Tess. Estás en casa de un cliente, un extraño. No me parece normal… creo que deberías hacer la maleta y volver a casa.

Tess se mordió los labios. No quería contarle a su socia la verdad, pero Olivia no parecía dispuesta a dejar el tema.

—Mira, Liv. Damien no es un extraño…

—¿Ah, no?

—Fuimos novios en la universidad.

—Ah.

—Sí, en fin, Damien quería renovar una casa que tiene… Fue la primera que compró cuando estábamos saliendo y solíamos pasar mucho tiempo allí.

—Bueno, entonces es lógico que te contratase —murmuró Olivia —. ¿Por qué no me lo contaste?

Tess estuvo a punto de decirle la verdad, pero no lo hizo.

—No lo sé.

Las tres socias de Sin Alianza tenían secretos en su pasado y todas habían hecho lo posible por mantenerlos escondidos. Pero como Tess sabía, y seguramente Olivia y Mary, tarde o temprano esos secretos saldrían a la luz. Quizá saber eso fuera lo que evitaba que Olivia siguiera haciendo preguntas incómodas.

—¿Quieres que me quede y te ayude con la casa?

A Tess le encantaría, pero Damien diría que no. La quería a ella y sólo a ella para convertir la casita roja en un hogar.

—No, gracias. Es algo que tengo que hacer yo sola. Supongo que lo entenderás.

—No, pero si tú lo dices…

—¿Estás sola en la oficina?

—Sí.

—Bueno, pues entonces tienes que volver. —Tess la miró, preocupada—. No habrás llamado a Mary, ¿verdad?

Olivia negó con la cabeza.

—No, decidí venir a ver qué estaba pasando antes de interrumpir su luna de miel.

—Menos mal. Pero no puedo creer que te hayas cargado la cerradura para entrar en la casa —rió Tess.

—¿Por qué?

—No sé, somos socias, pero…

Olivia se inclinó para apartar la bandeja.

—Si dices que no somos amigas te doy una bofetada… y no creo que eso te venga bien ahora que estás en el lecho del dolor.

—No, desde luego.

Olivia mordió una patata frita.

—Mira, somos tres, Mary, tú y yo. Puede que empezáramos como socias, pero está claro que ahora somos amigas. Hemos pasado por mucho juntas, ¿no? Todas hemos tenido problemas, cosas de las que queríamos huir, pero eso nos ha unido.

—Sí, es posible.

—Yo creo que tiene que haber una razón para que nos juntásemos. Y es estupendo que nos apoyemos —sonrió Olivia—. Por cierto, ¿puedo probar el sándwich?

—Sí, claro.

—Ah, qué rico. Salí de la oficina sin comer nada, pero te he traído unas trufas…

—¿En serio? ¿De las tuyas?

—Sí. —Olivia sacó un recipiente del bolso—. Anda, date un atracón de chocolate, York.

Sonriendo, Tess colocó las trufas sobre su regazo.

—¿Cuántos clientes tenemos ahora?

—Tres.

—Pues deberías volver a la oficina cuanto antes.

—Hasta que sepa que estás bien del todo no me muevo de aquí.

—Estoy bien, en serio.

—Te gusta ese hombre, ¿eh?

Tess tragó saliva. No sabía cómo contestar a esa pregunta.

—Bueno, no te preocupes. Ninguna de las tres tiene mucho sentido común en lo que se refiere a los novios. Nos perdemos por una cara bonita…

—¿Cómo está Mac, por cierto?

—Muy bien. Pero cómo son los hombres… ¿te he hablado de su obsesión con el GPS nuevo que se ha comprado? Dice que puede llevarle al fin del mundo…

* * *

Por primera vez desde que había vuelto a Minnesota, Damien sintió una oleada de aprensión. Olivia Winston era una buena amiga de Tess y no le sorprendería que la hubiese convencido para que volviera a Minneapolis.

Sentado en la biblioteca, mirando la fotografía de Tess y Henry, pensó que había estado cerca de averiguar la verdad sobre su matrimonio. Pero la expresión de Tess… había sido casi de horror.

Damien apretó los dientes. Se lo merecía. Se merecía haber sido infeliz en su matrimonio. Lo había dejado por una vida segura, pero estaba dispuesto a apostar que su vida había sido todo menos eso. El tiempo lo diría…

Pensó entonces romper la fotografía y tirarla a la basura. Ya no la necesitaba. La tenía a ella, tenía acceso a los recuerdos, a la historia real. Pero cuando intentó romperla, no fue capaz.

—Maldita sea —murmuró para sí mismo. ¿Para qué la necesitaba? ¿Por qué tenía que mirar la fotografía de Tess vestida de novia para seguir castigándola?

Suspirando, Damien se pasó una mano por el pelo.

Fuera cual fuera la razón, volvió a guardarla en el escritorio. Luego tomó su chaqueta y salió al pasillo. Las oyó hablar, Tess y su socia, riendo. El sonido lo llenó de una extraña melancolía y tuvo que bajar al salón. Quería estar allí, con ellas, ser él quien la hiciera reír, ver cómo sus ojos grises brillaban de alegría.

Olin lo esperaba al pie de la escalera.

—Voy a la casita roja —le dijo—. Volveré alrededor de las seis.

—Sí, señor.

—Si la señorita York pregunta por mí…

—Sí, señor. Se lo diré.

* * *

El jefe de traumatología del hospital de Tribute había ido a verla. No era un médico cualquiera, sino el jefe de traumatología. Sólo

porque alguien había donado millones para la nueva sala de Urgencias, pensó Tess, irónica, viendo cómo le quitaba la venda. El doctor Keith Leeds había llegado hacía veinte minutos con el maletín en la mano, dispuesto a examinarla y comprobar cómo iba la herida.

—¿Qué le parece?

El doctor Leeds era un hombre bajito y amable de unos cincuenta años. Tenía el pelo gris y le gustaba jugar con sus gafas mientras hablaba.

—Tiene buen aspecto. ¿Le duele?

—Un poco, pero el dolor intenso ya ha pasado.

—Yo que usted iría despacio. Nada más que un par de horas de trabajo al día.

—Entonces, ¿puedo apoyarlo?

—Mañana podrá caminar sin las muletas. Pero escuche a su cuerpo. Si le vuelve a doler…

—No se preocupe, dejaré de trabajar.

Fue en ese momento cuando Damien entró en la habitación. Parecía recién duchado y estaba tan guapo que Tess tuvo que apartar la mirada.

—Yo me encargo de que no trabaje mucho. Gracias por venir, Keith. Sé que no sueles hacer visitas a domicilio.

El hombre estrechó su mano con una sonrisa.

—De nada, Damien. Me pilla de camino a casa.

—¿Has dicho que Tess puede caminar a partir de mañana?

—Sí.

—De vuelta al trabajo —sonrió ella—. A picar piedra.

Damien sonrió.

—Olin está esperando abajo. Él te acompañará, Keith.

—Muy bien. Cuídese, señorita York.

—Lo haré. Gracias otra vez.

Cuando desapareció, Tess procedió a olvidarse del pie para preguntarle a Damien sobre las baldosas:

—¿Están puestas?

—Sí —contestó él, sentándose al borde de la cama—. La piedra que has elegido es perfecta: moderna, pero cálida. Perfecta para una casita rústica.

—Muy bien, me alegro de que te guste —sonrió ella, pulsando el

mando que elevaba el televisor—. Cómo me gusta esto —cuando levantó la mirada, vio que Damien estaba observándola—. No te preocupes, no voy a acostumbrarme.

—¿Qué significa eso?

—Que me fascine el televisor no significa que no entienda lo que va a pasar mañana.

—¿Qué va a pasar mañana?

—Que vuelvo al trabajo y a la casita roja.

—Al trabajo, quizá. Pero no vas a vivir en la casa.

—Sí.

—No. —Damien se cruzó de brazos.

—Yo creo que es lo mejor.

—Para mí no. Has tenido un accidente y no pienso arriesgarme a que tengas otro.

—No quieres arriesgarte, ¿eh?

—Contigo no —contestó él.

Tess sintió una oleada de calor en el vientre. Genial, lo que le faltaba. Quería que la besara otra vez, que la tocase.

El miedo se agarró entonces a su corazón. ¿Qué diría Damien si viera la cicatriz, ese desagradable recuerdo de un pasado que los dos querían dejar atrás?

Pero no tenía que preocuparse. Porque, en ese momento, Damien estaba pensando en algo completamente diferente.

—Si tienes otro accidente, podrías demandarme.

—Sí, claro —sintiéndose como una tonta, Tess se volvió para cambiar de canal—. Y eso no puede ser.

Se quedaron en silencio un momento y luego Damien señaló la televisión.

—¿Qué era eso?

—¿Qué?

—Vuelve al canal anterior.

Tess lo hizo, pero al ver lo que emitían sacudió la cabeza.

—Oh, no, de eso nada.

—Oh, sí.

—Oye, que ya no estamos saliendo. No tengo que fingir que me gusta *Harry, el sucio*.

—¿Cuántas veces tuve yo que soportar a Meg Ryan y a Tom Hanks? *Algo para recordar* no era precisamente lo que yo esperaba.

—¿Estás diciendo que te debo una? —rió Tess.

—Sí.

—Podrías verla en otra habitación. Tienes un cuarto sólo para la televisión.

—¿Y no ver tu cara de horror cuando Clint Eastwood saca la pistola? ¿Dónde estaría la gracia?

—No tienes perdón de Dios.

Sonriendo, Damien se inclinó para pulsar el intercomunicador.

—¿Sí, señorita York?

—Necesitamos palomitas, Olin.

El hombre se quedó callado un momento.

—Sí, señor.

—¿Mantequilla, Tess?

—Lo preguntarás de broma. No he cambiado tanto en seis años.

—Doble de mantequilla, Olin.

—Muy bien, señor.

Damien se quitó los zapatos y se tumbó a su lado en la cama. No muy cerca, pero lo suficiente como para que Tess pudiera respirar el aroma de su piel. Lo suficiente como para desearlo aún más cerca.

—¿Puedes subir el volumen? —dijo él.

—Te advierto que luego ponen *El último mohicano*.

Damien emitió un gruñido.

—Ésa no es sólo una película para mujeres, es una película insoportable para mujeres.

Tess soltó una risita.

—Después de tener que tragarme este «clásico», me debes una.

—Muy bien. —Damien volvió a pulsar el intercomunicador—. Vamos a necesitar un par de cervezas con las palomitas, Olin.

* * *

Estaba perdido.

Era medianoche y las películas habían terminado, junto con la cerveza y las palomitas. La habitación estaba iluminada por la luz de la luna y Damien seguía en la cama con Tess. No estaba desnuda, pero él sentía que iba a explotar de todas formas.

A mitad de *El último mohicano* Tess se había dormido y ahora

estaba apoyada en él, con un brazo sobre su cintura y la cabeza en su pecho.

Él no era un romántico, pero aquella tarde había sido divertida y, en cierto sentido, un poco como los viejos tiempos. Y no quería que terminase. Quizá no tuviera que terminar.

¿Podía cerrar los ojos y dormir un rato a su lado?, se preguntó. En silencio, bajó la cabeza y besó su pelo, los suaves rizos rojos que olían a manzana. Damien sonrió. El mismo champú que usaba en la universidad.

Ella se movió entonces y su rodilla escapó de los confines del albornoz. Un centímetro más y notaría su erección…

Tess levantó la cabeza entonces, con los ojos adormilados, intentando enfocarlo.

—¿Damien?

—¿Sí, cariño?

—Te deseaba —le dijo, como si siguiera soñando—. Te deseaba tanto…

Damien levantó su barbilla con un dedo.

—¿Qué has dicho?

—Que te deseaba… mucho.

Eso fue como tirar una cerilla sobre un campo de hierba seca.

Damien inclinó la cabeza y buscó sus labios, besándola suavemente, intentando despertar una respuesta. Al principio ella parecía cautelosa, sus besos eran cortos y rápidos. Pero cuando empezó a besar su cuello, se relajó, devolviéndole las caricias con la misma pasión.

Damien tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no quitarle el albornoz. Todos sus músculos estaban en tensión y, cuando ella movió la mano para acariciar su pelo, se dio permiso a sí mismo.

Como un poseso, la tumbó de espaldas sobre la cama, viendo cómo le brillaban los ojos, los labios entreabiertos, el pecho subiendo y bajando…

Era suya.

Tendría que dejarla ir pronto, pero por ahora era suya.

Inclinó la cabeza para besar sus labios, su barbilla, su cuello. Quería sentirla toda, saborear cada centímetro, hacerle el amor hasta que los dos estuvieran demasiado exhaustos como para pensar

o hablar del pasado.

Quizá así se olvidara de ella y pudiera volver a California y respirar otra vez.

Abrió el cuello del albornoz, desnudando sus pálidos pechos, y ella arqueó la espalda, empujándolos hacia delante. Damien los acarició, apretando un pezón entre el pulgar y el índice. Tomó el otro con la boca, rozándolo con la punta de la lengua, mordiéndolo suavemente.

—Damien… —musitó ella, levantando las caderas.

Él intentó contenerse, pero no era capaz. Ni siquiera podía ir despacio. Necesitaba estar dentro de ella, necesitaba poseerla. Murmurando algo ininteligible, bajó la mano para abrir el albornoz. Pero cuando había conseguido desabrocharlo, Tess lo sujetó.

—No, no. No puedo —sonaba como un pajarillo herido y Damien la observó, sorprendido, mientras volvía a cerrarse el albornoz.

La sangre golpeaba su cabeza y su entrepierna, pero no le suplicaría. Ése no era su estilo.

En lugar de hacerlo, se levantó con la erección empujando la cremallera de sus pantalones.

* * *

Tess miraba la pared. Quería morirse.

No se atrevía a mirarlo. Había dejado que las cosas llegaran demasiado lejos… Otra vez. ¿Qué le pasaba? ¿No tenía autocontrol con aquel hombre?

Nerviosa, se cubrió las piernas con el edredón. Qué tonta era. Damien había estado a punto de ver la cicatriz.

—¿Tess?

—¿Sí?

—Mírame.

Ella no era una cobarde, de modo que giró la cabeza. El pelo despeinado, los ojos cargados, el rostro pálido… nunca un hombre le había parecido tan *sexy*.

—¿Qué ocurre?

—Esto no puede pasar.

—Estaba pasando.

Tenía razón. Habían empezado algo y… ¿cómo iban a volver atrás?

—Estaba medio dormida. No me daba cuenta…

—No finjas que no te dabas cuenta, Tess. Sabías perfectamente lo que hacías.

—Sí, estaba disfrutando, pero ahora…

—¿Ahora qué?

Tess lo miró, sin saber qué decir. Si le mentía, si era cruel, ¿dejaría de desearla? ¿Dejarían de coquetear y de divertirse?

¿Era eso lo que quería?

No, pero tampoco podía dejar que descubriera sus secretos. Y se protegería a sí misma a toda costa.

—Ahora sé que no es justo para ti que sigamos con esto.

—¿Y eso?

—Cuando estaba besándote pensaba en… —Tess no terminó la frase, no podía.

—¿En quién?

—Nada, déjalo.

Damien se dio la vuelta, apretando los dientes.

Pero aquello era ridículo, absurdo. Ella era una mujer adulta.

—Espera, Damien.

—¿Qué?

—No es cierto. No pensaba en otra persona. Y tenías razón, me ha encantado que me besaras. Pero teníamos que parar.

—¿Por qué?

—No puedo contártelo.

—Maldita sea, Tess. ¿Qué no puedes contarme? Esto no tiene sentido…

—Es posible que no lo tenga para ti, pero es mi vida —lo interrumpió ella—. Mañana volveré a la casita roja.

—No vas a ir a ningún sitio —replicó Damien.

No dijo nada más antes de salir de la habitación y Tess dejó caer la cabeza sobre la almohada, sintiéndose más sola que nunca. Y lo peor de todo era que la almohada olía a él.

Capítulo 9

Cuando la primera semana de reformas llegó a su fin, la casita roja tenía un aspecto completamente diferente. Habían instalado nuevas ventanas, nuevas baldosas, sanitarios y lámparas. Tess había trabajado mucho con ayuda de Damien y, por supuesto, con la inestimable ayuda de una empresa de reformas.

Aquel día estaban poniendo los preciosos suelos de roble. Normalmente se pintaba una casa antes de poner los suelos, pero el accidente había dado al traste con sus planes.

Después de una hora en la casa, comprobando que todo iba bien, Tess le había pedido a Damien que la llevase a Jackson para comprar la encimera de la cocina. Aunque su pie estaba mucho mejor, conducir seguía siendo un problema.

No habían hablado una sola palabra desde la noche anterior, ni en la casa ni durante el camino a Jackson. Y tampoco lo hicieron mientras estaban en la tienda. Mejor, pensó Tess. Acabaría el trabajo y se dirían adiós, sin remordimientos, sin revelar secretos.

—Ésta es preciosa —dijo, tocando una encimera de granito negro—. Pero ésta también es práctica —añadió, señalando una de madera.

—Ya sabes qué opino de lo práctico.

—Sí.

—Entonces sabrás qué encimera comprar.

Tess le pidió al vendedor que los dejase solos un momento.

—¿Eres así con cada proyecto?

—¿Así cómo?

—Así de espléndido. No te veo trabajando mucho para ganar dinero…

—Éste no es un proyecto cualquiera.

—Si vas a vender la casa, ¿para qué te gastas tanto dinero?

Damien levantó una ceja.

—¿Quién ha dicho que voy a vender la casa?

—¿Qué vas a hacer con ella? ¿Quedártela?

—No lo sé.

—¿Pasársela a la siguiente generación?

Él se encogió de hombros.

—Es posible, pero tardaré algún tiempo. Para eso tendría que casarme.

—No tienes por qué casarte…

—Si quiero tener hijos, sí.

Tess dejó de hacer preguntas para las que no quería respuestas. La idea de que Damien tuviera hijos con otra mujer la hacía sentir físicamente enferma. Imaginarlo viviendo con otra mujer, teniendo hijos con ella… era inconcebible.

Nunca había podido hacerlo. Era una de las cosas que la había ayudado a soportar los últimos seis años: creer que Damien Sauer nunca se casaría y nunca tendría hijos.

Y ahora estaba hablando como si pudiera pasar.

—No lo entiendo. Tú con una familia… no lo veo.

—Soy un tipo anticuado, Tess.

—Sí, claro —rió ella, pero era un sonido seco, falso—. El millonario con la casa de cristal y el deseo de hacer que las mujeres paguen por sus errores.

—Sólo una mujer —dijo él.

—Ya.

—¿Y cuándo has decidido que dejarme fue un error?

—No lo he decidido… era una forma de hablar.

Pero era una verdad en la que no quería pensar y mucho menos admitirla en voz alta.

—¿Vas a decirme qué piensas hacer con la casa?

—Lo decidiré cuando el trabajo esté terminado.

—Muy bien. Entonces, ¿nos llevamos la de granito?

—Sí, claro.

Damien le hizo un gesto al dependiente y se alejó, con el móvil

en la mano.

* * *

No podía dormir.

Otra vez.

Damien miró su reloj. Medianoche. ¿Qué pasaba a medianoche? Su cuerpo no era capaz de relajarse y tampoco podía dejar de darle vueltas a la cabeza. Sólo podía pensar en ella. En el hecho de que estuviera al otro lado del pasillo, durmiendo, cuando él quería estar a su lado otra vez, sentir el calor de su cuerpo.

Suspirando, se levantó de la cama para ponerse una camiseta y un pantalón de chándal. Era un imbécil. Pensar que podía ir a ella y que Tess lo recibiría con los brazos abiertos como si nada hubiera pasado, como si no hubieran transcurrido seis años…

Pero estaba en el pasillo y llamando a su puerta antes de que pudiera convencerse de que iba a hacer una estupidez.

Tess no contestó y Damien sintió algo raro, una premonición. Quizá le hubiera pasado algo, podría haberse caído. Nervioso, decidió entrar… y enfrentarse con su ira si tenía que hacerlo.

La habitación no estaba completamente a oscuras. Las cortinas estaban abiertas y la luz de la luna llena caía sobre la cama. Damien se acercó, parpadeando para comprobar si estaba viendo lo que estaba viendo. Luego se inclinó y encendió la lámpara.

La cama estaba hecha y las cosas de Tess habían desaparecido.

Murmurando una palabrota, salió de la habitación y fue a buscar a Olin.

* * *

Con la cinta de carrocero colocada en la muñeca como una pulsera, Tess se acercó a una de las ventanas. Al día siguiente llegarían los pintores y quería que pudiesen empezar lo antes posible.

Bueno, eso era casi verdad.

Dormir en casa de Damien empezaba a resultarle incómodo y demasiado cómodo al mismo tiempo. Cuando estaba en su cama lo deseaba, deseaba tenerlo al lado viendo una película con ella, abrazándola…

Tess colocó la cinta alrededor de la ventana. Los colores que había elegido para las paredes iban a quedar preciosos, especialmente con el suelo nuevo.

Ay, el suelo.

Era tan bonito que se había sentado durante media hora en medio del salón para mirarlo. Si alguna vez le tocaba la lotería, la moqueta beige de su apartamento iría a la basura y pondría ese mismo suelo de roble envejecido.

De repente se abrió la puerta y entró Damien, dispuesto para la batalla.

—Recoge tus cosas, nos vamos.

—Me has asustado.

Él cerró la puerta y entró en el salón, con el abrigo moviéndose tras él como la capa de un villano.

—Como si no supieras que iba a venir a buscarte.

—Sí, lo sabía. Pero pensé que vendrías por la mañana. ¿Cómo has sabido que no estaba en mi habitación?

—Eso da igual.

—Olin se ha chivado, ¿no?

—Debería serme leal a mí —contestó Damien.

Ella suspiró. Pobre hombre. No debería haberlo puesto en esa situación.

—No te enfades con él. Le pedí que no te dijera nada hasta mañana.

—Sea cual sea la razón, ha cometido un error y lo he despedido.

—¿Qué? ¿Has despedido a Olin?

—Bueno… no del todo. Pero debería.

—Ah, menos mal.

Damien se sentó a su lado; parecía demasiado elegante para estar entre botes de pintura.

—No puedes desaparecer así como así, Tess. Te dije que te quedaras.

—Yo no soy tu prisionera y tú no eres mi guardián. Deja de portarte como si lo fueras.

—No pretendo mantenerte prisionera.

—¿Entonces?

—¡Sólo quiero que no te hagas daño, maldita sea!

—He tenido un accidente, ¿qué se le va a hacer?

—Vas a venir conmigo, eso es lo que vamos a hacer —contestó Damien.

—No —dijo Tess, con firmeza.

—¿No?

—No —repitió ella—. Supongo que no estás acostumbrado a oír ese monosílabo.

—Tess…

—Me gusta esta casa. Me siento cómoda aquí.

—¿Y en mi casa no?

—No puedo quedarme allí… contigo.

—¿Temes que quiera terminar lo que empezamos anoche?

—Francamente, sí.

—Cariño, da igual que estemos en mi casa o en cualquier otro sitio —murmuró él, besando su mano.

—Entonces, ¿por qué seguir luchando? ¿Eso es lo que quieres decir? —suspiró Tess.

—¿Por qué no le haces caso al instinto?

—Lo hice una vez y no salió como yo esperaba.

—¿De qué estás hablando, de Henry?

Tess apartó la mirada.

—Sí.

—¿Vas a contarme lo que pasó?

—¿Por qué voy a contártelo? Sólo quieres saberlo para usarlo contra mí.

Damien no dijo nada. No lo negó, no dijo que fuera cierto.

—Tengo razón, ¿verdad? —insistió Tess—. Quieres hacerme daño.

Él la miró durante unos segundos antes de contestar:

—Si soy completamente sincero contigo, ¿tú lo serás conmigo?

Tess sintió una oleada de pánico. ¿Qué fuese sincera? ¿Podía serlo?

—Sí, quiero hacerte daño —empezó a decir Damien—. Quería que sintieras el mismo dolor que sentí yo cuando me dejaste. Incluso después de estar juntos, después de hacer el amor… porque

los dos sabemos que va a pasar, seguiré queriendo hacerte daño porque no tengo corazón —luego alargó una mano para tocar su cara—. Cuando te fuiste me convertí en otra persona… no, me convertí en una máquina.

Sus palabras la estremecieron. Seis años antes había dejado al hombre al que amaba por la promesa de lo que ella creía un futuro seguro y feliz. Y el error le había costado muy caro.

Pero era su turno y Damien estaba esperando. No podía contarle toda la verdad, pero merecía saber algo…

—Mi matrimonio fue un desastre de principio a fin. Yo quería una vida perfecta, una familia… Henry me prometió eso y yo lo creí. Cuando nos conocimos en la universidad era un chico tímido, encantador, pero una semana después de casarnos me mostró quién era de verdad.

—¿Y quién era?

—Un hombre malvado, manipulador. Intentaba controlarme a todas horas… era un monstruo.

—Lo siento —murmuró él.

—Henry me robó la fe en los hombres —suspiró Tess. Se sentía muy cansada de repente.

—Recoge tus cosas, nos vamos a casa —dijo Damien.

* * *

Damien estaba sentado en un taburete en la tienda de Wanda. Ya había cerrado, pero ella nunca lo echaría de allí.

Con el cabello gris despeinado y un albornoz tan grueso que parecía un abrigo, Wanda sirvió dos cafés y se sentó a su lado.

—Vaya, vaya, vaya.

—Lo sé, es muy tarde.

—Da igual. ¿Vas a contarme cuál es el problema o tengo que averiguarlo?

El problema. Damien no estaba seguro. Sólo sabía que, después de dejar a Tess en casa y echarle una bronca a Olin, tenía que salir de allí.

—Muy bien, intentaré averiguarlo. ¿Los negocios?

—No.

—Entonces tiene que ser algo personal. No es un tema de conversación que me guste particularmente, pero… a ver, cuéntame.

—¿Sabes cómo conseguí el éxito, Wanda?

—Con un buen cerebro, supongo.

—No, más bien con instinto asesino.

—Ah, bueno, también lo había pensado —sonrió la mujer.

—Hice un plan y lo seguí al pie de la letra. Sin remordimientos, sin compasión.

—¿Y?

—Y ahora lo estoy reconsiderando.

—¿Por qué?

—No lo sé —murmuró Damien.

Pero sí lo sabía. Después de que Tess le hubiera contado que su matrimonio con Henry había sido un desastre, la idea de hacerle daño le repugnaba. ¿Cómo podía haber sido tan frío, tan cruel?

—Venga, no quieres admitir que sabes cuál es la razón porque crees que eso te haría sentir menos hombre.

Damien sonrió. Aquella mujer nunca se lo ponía fácil. Sus padres habían muerto quince años atrás y la amistad de Wanda y sus sabios consejos la habían convertido casi en una figura materna para él.

—Es la pelirroja —admitió.

—Ya me lo imaginaba. Pero no puedes dejar que el amor influya en tus decisiones.

—Eres la única mujer que diría eso. Y, por cierto, esto no tiene nada que ver con el amor —murmuró Damien.

—¿No?

—No. Bueno, ahora no. Hubo amor en el pasado, pero me lo tiró a la cara y tú sabes lo bien que se toma un hombre eso.

—Sí, lo sé. Un consejo, Damien: no dejes que te cieguen los sentimientos. Yo sé lo que es eso y no sirve de nada —sonrió Wanda, irónica—. Bueno, tengo que irme a dormir. Cierra cuando te vayas.

—Sí, claro.

Wanda tenía razón. No debía dejarse engañar por aquella nueva Tess. Y no quería sentir pena por ella. Tenía que recordar lo que le había hecho y cómo lo había dejado sin mirar atrás.

Tenía que revisar su plan, decidió. Tenía que recordar que no había vuelto a Minnesota para retomar un romance, sino para hacer que Tess lo amase y abandonarla después.

Y, en cuanto su pie se hubiese curado del todo, eso era lo que iba a hacer.

Capítulo 10

Los puntos fuera y el pie, bien.

Tess caminó un poco por la consulta, sin muletas y sin vendas. Perfecto.

Incluso después de asegurarle que no había tenido ningún problema para llegar a la consulta, el médico insistió en que podía haber ido a casa de Damien para quitarle la venda.

Pero Tess ya no era una inválida y no quería actuar como tal. Podía caminar, trabajar y conducir otra vez. Y Damien, afortunadamente, no se había puesto pesado.

De hecho, pensó mientras salía de la consulta para subir al taxi que la esperaba, Damien apenas le había dicho nada durante los últimos días. Le preguntaba cómo estaba y luego desaparecía. ¿Sería por lo que le había contado?

Sí, debía de ser eso. No querría lidiar con un pasado tan difícil. Incluso podía estar saliendo con alguien… pero la idea de que mirase a otra mujer hacía que sus pulmones no funcionasen como debían.

Cuando el taxi se detuvo frente a la casita roja, vio a Damien en el porche, con ropa de trabajo.

—Hola.

—Hola —dijo él. El frío le había dado color a sus mejillas y sus ojos azules brillaban como zafiros.

—¿Qué haces?

—Lijando los muebles de la cocina para darles un aspecto antiguo.

Tess echó un vistazo.

—Están quedando muy bien.

—Todavía falta mucho por hacer.

—Bueno, yo vengo del médico y me ha dicho que estoy como nueva.

—¿Qué significa eso?

—Que ya no tienes que hacer esto, Damien. Vuelve a casa, a tu vida normal. Yo me encargo de todo a partir de ahora.

—No lo creo.

—¿Perdona?

Él la miró con expresión decidida.

—He decidido que vamos a terminar esta casa juntos.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque podría ser divertido.

—Sí, ¿pero eso no va en contra de tus propósitos?

—¿Qué propósitos?

—Hacerme sufrir, hacer que doble el lomo para pagar por mis pecados —bromeó Tess.

Damien sonrió.

—Yo creo que tu lomo está bien como está. Y la verdad es que tengo que volver a California antes de lo que esperaba.

—Ah. —Tess intentó esconder su decepción.

—Necesito que todo esté terminado para el miércoles.

—Pero si faltan dos días…

—Ya lo sé.

—Bueno, voy a llamar por teléfono, a ver si pueden traer los muebles de inmediato.

—Ofréceles lo que haga falta. A mí siempre me ha ido bien así.

Tess no lo entendía. ¿Quién era aquel hombre? ¿Aquel camaleón? Dulce y vulnerable un momento, frío y exigente después.

Llamó a la empresa a la que había encargado los muebles y, mientras hablaba con el gerente, intentaba no pensar que, en dos días, Damien habría desaparecido de su vida para siempre.

* * *

Había sido un día muy largo, pero merecía la pena. Los muebles de la cocina estaban lijados y colocados, el baño terminado y, el dormitorio, también. Lo único que faltaba eran las encimeras, los interruptores nuevos, las molduras y los muebles. El señor Opp le había llevado las piezas que le había encargado y en la tienda de muebles habían saltado de alegría cuando les había ofrecido más dinero, de modo que los llevarían al día siguiente.

Tess estaba en el salón, suspirando. No había esperado enamorarse de la casa otra vez. Siempre le había parecido simpática, pero ahora era moderna y encantadora. Así era como decoraría su casa si tuviese mucho dinero. Era perfecta y, sin duda, alguna familia la convertiría en su hogar.

Damien había salido a buscar una *pizza* y Tess decidió asearse un poco. Pero, una vez en el baño, el *jacuzzi* que había comprado tenía un aspecto tan tentador…

¿Debería darse un baño de espuma? A su pie le sentaría fenomenal, desde luego.

Diez minutos después las burbujas le llegaban hasta el cuello y, con los ojos cerrados, soñaba con un hombre de pelo oscuro y ojos azules dispuesto a explorar cada centímetro de su cuerpo. Pero cuando ella iba a dejarle hacer, sonó un golpecito en la puerta del baño…

—¿Tess?

Era Damien.

—¿Qué? —exclamó, chapoteando.

—¿Estás bien?

—Estoy perfectamente. Limpiando un poco…

—¿En la bañera? —rió él.

—Tenía que asegurarme de que todo funcionaba.

—Ya, claro. Tengo la *pizza* y el pan de ajo, como me has pedido.

Tess sonrió.

—Puedes empezar a comer si quieres.

—No, esperaré. Tómate el tiempo que quieras.

Sí, como si pudiera relajarse en la bañera mientras él estaba al otro lado. Imposible.

—Ya he terminado —dijo Tess, saliendo del agua. Pero, con las prisas, tiró el bote de gel al suelo—. ¡Maldición! —exclamó.

Supo que había cometido un error en cuanto oyó pasos. La

puerta se abrió antes de que pudiera tomar una toalla y, con el corazón latiendo a toda velocidad, Tess dejó escapar un grito al darse cuenta de que Damien iba a ver la cicatriz.

No, no. No podía dejar que la viese.

Pero era demasiado tarde.

—¿Qué pasa? ¿Te has caído?

—¡Damien, sal de aquí!

Pero, como una persona frente a un accidente de tráfico, Damien no podía apartar la mirada.

—¿Tess? —murmuró, señalando la cicatriz del muslo, la quemadura que le había comido la carne cinco años antes—. ¿Qué te ha pasado?

—Vete, por favor.

—¿Tuviste un accidente?

—No. Vete, por favor.

—¿Alguien te hizo eso? —exclamó Damien, horrorizado—. ¿Quién…?

—¡Damien, sal de aquí! —Tess tomó una toalla y se envolvió en ella a toda prisa.

—¿Por qué no me lo habías contado? Dios mío, ¿por qué no acudiste a mí?

—No podía.

—Deberías haberlo hecho… voy a matarlo.

—Demasiado tarde.

Damien la abrazó, besando su pelo, su cuello, su boca.

—Deberías haber acudido a mí —repitió, angustiado.

—¿Y qué habrías hecho? ¿Decirme que me lo merecía? —le espetó Tess.

—Nunca. ¿Cómo iba a decirte eso? ¿Cómo podría alguien decir esa barbaridad? —replicó él, dolido. Luego, sin decir nada más, la tomó en brazos.

—¿Adónde me llevas?

—A algún sitio donde pueda besarte —contestó Damien.

—Ya estabas besándome.

Él se detuvo en la puerta del dormitorio.

—Te necesito tumbada para el tipo de beso que tengo en mente.

La emoción se mezclaba con los nervios. Había soñado con Damien tocándola, besándola, abriendo sus piernas y usando la

lengua para hacerla perder la cabeza. Pero, en sus fantasías, sus piernas eran perfectas, sin cicatriz alguna.

No quería que la viese, que la tocase.

Damien la dejó sobre la cama e inclinó la cabeza para besar los dedos de sus pies y sus tobillos. Luego siguió hacia arriba, por las pantorrillas, hasta aquel sitio tan erótico detrás de la rodillas… Tess quería disfrutar de sus caricias, pero no podía. Estaba demasiado cerca.

—No, por favor —murmuró, poniendo una mano sobre la cicatriz.

—Cariño, deja que te toque, por favor. —Damien la obligó a apartar la mano.

—No puedo… es horrible.

—No es verdad. No lo es.

Damien besó la dura piel de la cicatriz y a Tess le gustó y le dolió al mismo tiempo. No dejaba de darle vueltas a los miedos del pasado mientras Damien seguía hablándole, susurrando palabras dulces, eróticas.

Había soñado tantas noches con aquello, preguntándose si volvería a sentirse como una mujer completa algún día, si volvería a desearla un hombre…

—Mi Tess —murmuró Damien, inclinando la cabeza para ponerla entre sus piernas. Cuando la rozó con la lengua, haciendo círculos sobre el suave capullo escondido entre los rizos, pensó que iba a morirse.

—Damien, por favor… —No sabía qué le estaba pidiendo.

Pero él respondió a la desesperación que oía en su voz acariciándola con la lengua, lamiendo el delicado capullo hasta que Tess empezó a agitarse, repitiendo su nombre una y otra vez mientras levantaba las caderas.

Quería que aquella tensión, aquel calor, durasen para siempre. Su frente se cubrió de sudor mientras Damien apretaba sus nalgas. Por mucho que quisiera, no podría seguir aguantando mucho tiempo.

Habían pasado muchos años desde la última vez y se sentía como una olla a presión. Y cuando Damien introdujo la lengua entre sus pliegues, abrió las piernas, dejando escapar un grito de puro placer.

Él emitió un sonido gutural de aprobación mientras hundía la lengua más profundamente. Un calor cegador la recorrió mientras iba acercándose al clímax. Se sentía fuera de control, pero Damien seguía tomándola con la lengua, entrando y saliendo de ella hasta que Tess se agarró a su pelo, levantando las caderas para apretarse contra su boca… y dejarse caer a un abismo que ya casi había olvidado.

Damien se incorporó. Su mirada era tan oscura como un cielo de tormenta. Rápido como un tigre, se quitó la ropa, sacó un preservativo del bolsillo de los vaqueros y se enfundó en él.

Incapaz de respirar o pensar con claridad, Tess observaba sus movimientos, observaba su mano tocando la dura erección, los músculos de su torso y abdomen tensándose mientras lo hacía.

Y sintió un estremecimiento. La espera era una tortura. Había esperado demasiado tiempo. Los dos habían esperado. Y lo necesitaba.

Cuando Damien se colocó sobre ella, el erecto miembro moviéndose sensualmente sobre su vientre, Tess se pasó la lengua por los labios. Llevaba hambrienta demasiado tiempo.

Pero ya no.

Le temblaban las piernas, pero su cuerpo deseaba más y se abrió para él, sin importarle ya la cicatriz. La evidencia de su deseo hacía brillar, húmedos, los rizos entre sus piernas. Damien alargó una mano para tocarla y Tess contuvo el aliento mientras metía un dedo entre sus pliegues.

—Te deseo…

Estuvo dentro de ella en segundos. La penetraba despacio, centímetro a centímetro, dándole a su cuerpo lo que deseaba, lo que recordaba tan bien.

Cuando estuvo dentro de ella del todo, levantó la cabeza.

—Hola.

—Hola —sonrió Tess.

Mientras se miraban a los ojos, sus alientos mezclándose, sus cuerpos unidos, Tess supo que había vuelto a enamorarse de él.

O quizá nunca había dejado de amarlo.

Pero el incendio dentro de ella empezó a hacerse feroz. Enredó las piernas en su cintura y Damien empezó a moverse, despacio al principio, hasta que encontró el ritmo perfecto. Tess acariciaba su

espalda, sus nalgas. Le encantaba cómo flexionaba los músculos mientras empujaba.

Damien inclinó la cabeza para besarla, su lengua imitando lo que había hecho con esa otra parte de su cuerpo. Tess empezaba a inquietarse de nuevo, pero cuando él metió una mano entre los dos para acariciarla, sin dejar de moverse, sintió que llegaba el orgasmo, más fuerte que antes.

Damien debió de sentirlo también porque sus embestidas se volvieron salvajes; tenía la frente cubierta de sudor mientas levantaba sus nalgas con las manos para penetrarla a placer.

Su erección golpeaba el centro nervioso que sólo había sido encendido por aquel hombre.

—Sí, sigue, no pares ahora… —murmuró Tess, moviendo las caderas, agarrándose a sus hombros.

Damien se estremeció. Murmurando su nombre, empujó una última vez, enterrándose del todo, y luego cayó sobre ella con los espasmos del clímax.

Tess lo apretó contra su corazón, respirando agitadamente, los ojos cerrados mientras sentía los espasmos del placer masculino.

Unos minutos después, Damien intentó apartarse, pero ella lo retuvo.

—Te voy a aplastar —le advirtió.

—No, me encanta.

Le gustaba mucho sentir el peso de su cuerpo, pero unos minutos después empezó a dolerle el pecho.

—Sí, me temo que tenías razón.

Damien la abrazó posesivamente.

—¿Damien?

—¿Sí?

—Quiero decirte una cosa.

—Dime.

—Hace seis años, cuando estábamos juntos, sentía tal pasión por ti, tal deseo… pensé que un amor tan profundo, tan intenso, no podía durar. Pensé que una relación de verdad, la clase de relación que dura cincuenta años, tenía que ser algo menos salvaje, más sensato.

—¿En serio?

—Sí. Una bobada, ya lo sé.

—Eras muy joven.

—Y un poco boba —rió Tess.

—Lo importante es lo que creas ahora.

Nunca se había sentido más segura, más feliz. Sabía que esa sensación era temporal, pero le daba lo mismo. Iba a disfrutarla todo lo posible.

—Creo que el amor es un regalo fabuloso. Creo en las segundas oportunidades y que tener miedo de los sentimientos solo puede llevarte a una vida de soledad. Y yo estoy harta de eso.

Damien besó su pelo.

—Lo entiendo.

—Iba a dejar a Henry cuando tuvo el accidente. Fue el día después de que me hiciera la cicatriz. Me estaba siguiendo, juró que me seguiría siempre…

—No pienses en ello, olvídalo. Se ha terminado.

—¿Y nosotros, Damien? ¿También hemos terminado? No, déjalo, no contestes. Esta noche no.

Damien la besó de nuevo.

—Quédate conmigo —murmuró Tess—. No vuelvas a tu casa esta noche.

—No pienso irme a ningún sitio.

Damien la apretó contra su pecho mientras Tess cerraba los ojos, dejando que su corazón recuperase el ritmo normal hasta que, por fin, se quedó dormida.

Capítulo 11

Eran casi las nueve de la mañana y Damien y Tess, en ropa interior, acababan de encender la cafetera en su recién remodelada cocina. Mientras esperaban, debatían jovialmente la nueva decoración.

—¿La vajilla tenía que ser de flores? —preguntó Damien.

Tess le echó los brazos al cuello.

—Creo recordar que dijiste, muchas veces además, que debería amueblar esta casa como si fuera para mí.

Él la tomó por la cintura.

—Eso fue antes de ver esa cosa de la que cuelgan las cacerolas.

—¿Por qué? Las cacerolas de cobre quedan preciosas así.

—Esta mañana me he dado un golpe en la cabeza cuando iba a tomar un vaso de agua.

—Pues no seas tan alto.

—Oye, que deberías sentir compasión. Después de todo, eres mi mujer.

—Por contrato —le recordó ella.

Damien se encogió de hombros.

—Un tecnicismo.

Tess se puso de puntillas para darle un beso.

—Podemos subirlo un poco para que no te des en la cabeza…

—¿No podríamos quitarlo del todo?

Ella le dio un azote.

—No.

—Y luego el fregadero…

—¿Qué le pasa al fregadero? Es de loza blanca.

—Es una bañera.

—Es precioso.

—¡Pero si aquí se puede bañar a dos niños!

—Entonces a lo mejor tengo dos niños —bromeó Tess.

Pero Damien no entendió la broma. Su sonrisa murió inmediatamente y una sombra apareció en sus ojos.

—Quería decir algún día —explicó ella—. Algún día tendré un fregadero como éste y a lo mejor también dos niños a los que bañar.

—¿Y con quién piensas tener esos niños?

—No lo sé. Lo decía por decir…

—Pues no me gusta.

A ella tampoco. No quería pensar en Damien casado con otra mujer, pero aquél era su último día juntos y él no había hecho indicación alguna de querer que la relación continuase.

—El café está listo —anunció.

—Estupendo.

—Y la encimera llegará enseguida. —Tess se volvió para mirar alrededor—. La casa ha quedado tan bonita, tan elegante… Podrías alquilarla, así seguiría siendo tuya. Tribute tiene ese aroma a pueblo de verdad que busca tanta gente últimamente, no creo que tardases mucho en alquilarla.

—Ya veremos —murmuró él.

—¿Por qué me miras con esa cara de ogro?

—No puedo dejar de imaginarte teniendo hijos con otro hombre.

Suspirando, Tess lo abrazó.

—¿Sabes una cosa? Estoy un poco cansada de anoche. ¿Y tú?

—No.

—Yo creo que sí. Yo creo que te vendría bien una siesta.

Cuando levantó la mirada, el brillo en los ojos de Damien había pasado de ser uno de frustración a uno de ferocidad. Con un rugido, la tomó en brazos posesivamente.

—Voy a llevarte a la cama.

—Estupendo.

—Pero te lo advierto: nada de dormir la siesta.

* * *

Cuando se puso el sol, la casa estaba terminada. Tess nunca se había sentido más orgullosa de un trabajo y menos alegre en toda su vida. Aunque no quería que Damien se diera cuenta. De hecho, tenía planeada una noche perfecta para los dos: cena frente a la chimenea y luego una nueva «siesta», como por la mañana.

Oyó el grifo de la ducha mientras ponía una cacerola de agua a calentar. Podía imaginarlo desnudo, con el agua cayendo sobre su piel…

Una cosa estaba clara: una noche o dos durmiendo con él, haciendo el amor con él, no iba a ser suficiente. Ojalá supiera lo que sentía Damien, pensó, mientras cortaba tomates. Sí, había dicho que no quería imaginarla con otro hombre, pero no había dicho nada sobre un posible futuro para los dos.

¿Querría que siguieran viéndose? ¿Y cómo, a distancia? O quizá volviera a Minnesota…

Tess dejó de cortar tomates. Estar juntos en Tribute los había cambiado a los dos, pensó, apagando el fuego. Había cambiado los planes que ambos habían hecho para sus vidas…

Y tenía que ver a Damien, abrazarlo, besarlo otra vez.

Con el corazón acelerado, entró en el cuarto de baño, se quitó la ropa y apartó la cortina de la ducha.

Estaba más guapo de lo que había imaginado, su cuerpo musculoso empapado de agua…

—Hola —sonrió Damien, ofreciéndole la mano—. ¿Qué haces aquí?

—Venía a verte.

—Entra, estás en tu casa.

Damien pasó la pastilla de jabón por sus pechos, sus muslos, sus pezones.

—¿Te has ensuciado en la cocina? —preguntó, su voz cargada de deseo—. ¿Quieres que te lave, Tess?

—Sí —murmuró ella.

Damien siguió pasando el jabón por su estómago, sus caderas, el triángulo de rizos entre sus piernas…

—¿Quieres que te lave aquí?

Tess asintió, incapaz de hablar. Y, mientras Damien pasaba el jabón, llevándose con él la sensación de tristeza e inseguridad, Tess pensó que iba a perder la cabeza.

* * *

La frase «comer en la cama» tomaba un nuevo sentido para Damien aquella noche. Como la esposa perfecta, Tess le servía espaguetis y champán, deteniéndose de vez en cuando para besarlo y decirle que no dejaba de pensar en lo que habían hecho en la ducha.

Era el infierno.

Era el cielo.

Se marcharía a California al día siguiente y todo en él gritaba que se quedase, que se olvidara del pasado e intentase ser feliz con Tess. Pero una fuerza superior a él mismo, algo que había alimentado durante seis años, lo echaba para atrás.

Damien la miró. Nunca le había parecido más hermosa. Brillaba como si estuviera encendida. Sus ojos, su piel, su sonrisa… estaba radiante.

El tonto que había en él solo podía pensar en lo estupendo que sería verla así cada día, cada mañana cuando abriera los ojos.

—Tess, tengo que preguntarte una cosa.

—Dime.

—¿Te arrepientes de lo que ha pasado?

—No —contestó ella—. Sé que esto empezó como una venganza por tu parte, pero te guste o no ha terminado siendo lo mejor que podía pasarme.

—¿Y eso?

—Me siento libre por primera vez en seis años. Incluso más tiempo.

Damien tragó saliva. Él tenía un plan; un plan para destrozar los sueños que habían creado durante las últimas dos semanas. Pero… Tess quería hacer las paces con él. Acababa de decir que se sentía libre por primera vez en mucho tiempo.

¿Qué demonios? ¿Merecía ser libre después de lo que le había hecho pasar? ¿Tenía él derecho a hacerle pagar por haberlo dejado? No sabía qué pensar.

Pero cuando Tess dejó la copa de champán sobre la bandeja y la sábana se deslizó hacia abajo, dejando sus pechos al descubierto, Damien decidió que no necesitaba una respuesta esa noche. La

necesitaba a ella, su corazón, sus ojos mirándolo mientras besaba su torso, su estómago, bajando hasta donde la deseaba con la dureza del granito…

Capítulo 12

Cuando despertó, la luz del sol entraba por la ventana, pero Damien no estaba a su lado. Tess se asustó, pensando que ya se habría ido a California, pero al leer la nota que había dejado sobre la almohada, dejó escapar un suspiro de alivio.

Tenía una reunión y volvería a la una.

Cinco horas… ¿qué haría hasta entonces? La casa estaba terminada. Podría hacer la maleta, pero eso no era divertido.

Entonces se le ocurrió una idea: un regalo de Navidad para Damien. El regalo perfecto.

Contenta, saltó de la cama y fue al cuarto de baño. Esperaba encontrar a alguien en Tribute que supiera crear la perfecta representación de lo que había pasado en aquella casa, entre los dos, durante las últimas semanas.

Sabía que encontrar el regalo perfecto en tan poco tiempo sería imposible, pero al menos tenía que intentarlo.

* * *

Sólo era un negocio.

Se diría eso a sí mismo hasta el día de su muerte.

Damien detuvo el coche en la entrada y apagó el motor. Antes de bajar, miró la casita roja, probándose a sí mismo. ¿Ese sitio evocaba algún sentimiento que ahora no le sirviera? ¿Calor, vulnerabilidad, cariño, confort?

Por supuesto. Todos ellos. Pero tenía que endurecerse.

Desde el primer día había querido hacer que Tess lo amase, que amase la casa para luego venderla sin pensarlo dos veces. Pero durante las dos últimas semanas se había sorprendido a sí mismo dejando que Tess se le metiera en la piel, dejando que derritiera su corazón.

La verdad era que ella le había hecho daño una vez… más que eso, le había destrozado la vida. ¿Qué garantía tenía de que no lo hiciera de nuevo?

Sería mejor cortar de inmediato, pensó. Y si tenía que ser cruel para ello, lo sería.

Damien salió del coche frotándose las manos por el frío. La oferta que le habían hecho por la casa era muy lucrativa, pero necesitaban una respuesta de inmediato.

Cuando entró en la casa, todo era Tess: el alegre fuego encendido en la chimenea, los muebles del salón, los colores suaves y sensuales de las paredes… y ese maldito fregadero en la cocina.

Entonces la oyó. Estaba en el dormitorio, hablando alegremente por teléfono. Damien se acercó sin hacer ruido y se apoyó en la pared para escuchar la conversación, para escuchar su voz.

—No, el pie ya está bien —estaba diciendo—. Estoy mucho mejor, Liv. Sí… ha sido maravilloso. Sí, la verdad es que lo estoy. En serio, nunca me había sentido así.

Se le encogió el estómago al darse cuenta de lo que estaba diciendo: lo amaba.

Maldita fuera. Lo amaba. Ahora. Después de seis años. ¿Y él? ¿Amaba a Tess?, se preguntó.

Damien fue al salón y se acercó a la chimenea, pensativo. Había estado enamorado de ella antes y no lo había llevado a ningún sitio, al contrario.

La había amado y ella lo había dejado por otro hombre. Y, aunque había intentado olvidar el pasado durante aquellas semanas, esa herida seguía abierta. Seguramente seguiría abierta para siempre.

Quizá si vendiera la casa, si tirara aquel pequeño mundo que se habían creado para los dos podría olvidar… o quizá no.

Pero estaba hecho, el trato estaba hecho.

La oyó entrar en el salón entonces.

—¡Damien! Estaba hablando con Olivia —le dijo, entusiasmada.

—Ya me lo he imaginado —contestó él, sin mirarla.

Tess tardó un momento en reaccionar.

—¿Qué tal la reunión?

—Fructífera —contesto él.

—Me alegro —dijo Tess, cada vez más confusa por el frío tono —. ¿Era sobre esta casa?

—Sí.

—Ah.

—Me hicieron una oferta.

—¿Sin verla siquiera?

—No necesitaban verla.

—Con todo el trabajo que he hecho… Qué raro, ¿no?

—No les interesan las reformas —dijo Damien.

—Pues son idiotas. Porque ahora la casa no tiene nada que ver con…

—Tess, no quieren la casa.

—¿Perdona?

—Quieren la parcela.

—Pero la casa está en la parcela y…

—Quieren construir un hotel rural —la interrumpió Damien—. Y me han ofrecido una considerable cantidad de dinero.

La mirada confusa que había visto en sus ojos unos segundos antes fue reemplazada por la de una mujer que sabía lo que era que le hiciesen daño.

—Entonces tendrán que tirar la casa, ¿no?

—Sí.

Tess se cruzó de brazos.

—¿Y qué les has dicho?

—Nada —contestó Damien—. Les pregunté dónde había que firmar.

* * *

Tess lo miró, incrédula. No sentía nada salvo la quemazón en la cicatriz. Le quemaba como un demonio.

Seguramente porque estaba tratando con un demonio.

Atónita, se dejó caer en el sofá. Se sentía como una tonta. Había puesto tanto trabajo y tanta ilusión en esa casa, pensando que había un futuro para ellos…

Pero, evidentemente, no era así.

—Es un negocio, Tess. Un buen negocio.

—Seguro que sí.

—Sé que has trabajado mucho, así que habrá una compensación sustanciosa para ti…

—No quiero dinero, Damien —lo interrumpió ella—. No quiero tu dinero.

—¿Por qué no? Podrías usarlo para tu negocio o…

—O nada.

—Acepta el dinero.

Tess se levantó, colocándose a unos centímetros de él.

—¿Qué te pasa, Damien?

—¿Qué quieres decir?

—Hace unas horas estabas besándome.

—Las cosas cambian —dijo él.

—¿Y qué te ha cambiado a ti?

—Tengo que ir a mi casa. —Damien se volvió hacia la puerta—. Pero debes saber que los *bulldozers* llegarán mañana a las ocho.

—¿Qué?

—A las ocho —repitió él, mientras salía al porche.

—¡Espera un momento! —gritó Tess.

—Entra en la casa, te vas a helar —murmuró Damien, sin detenerse.

—Sabías desde el principio que ibas a tirarla, ¿verdad?

—Había algunas posibilidades de que eso ocurriera, sí.

—Y me has hecho elegir pinturas, suelos y apliques… todo lo que a mí me gustaría, la casa de mis sueños.

—Quería que sintieras lo que sentí yo cuando me arrancaste el corazón.

—Oh, Damien… ¿de verdad creías que iba a ser un drama para mí que tirases esta casa?

Él no contestó.

—No lo entiendes, ¿verdad? —añadió ella.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—Me has hecho daño, sí. Has conseguido lo que querías. Pero no

por tirar la casa sino porque pensé que podría haber algo entre nosotros. Pensé que habíamos olvidado el pasado y podíamos empezar otra vez —se le rompió la voz, pero no iba a llorar delate de él—. ¿Recuerdas que te dije que perdí la fe en los hombres por culpa de Henry? Pues durante estas semanas había vuelto a encontrarla. Tenía fe en nosotros. Y, como soy una tonta, estaba dispuesta a entregar mi corazón al hombre equivocado… otra vez.

Tess no le dio tiempo a responder y continuó:

—Espero que puedas olvidar el pasado de una vez por todas y sigas adelante en la vida, Damien. De verdad. A lo mejor cuando esta casa no sea más que un montón de ladrillos y maderas podrás convertirte en un adulto… En fin, ése es tu problema. Mi trabajo aquí ha terminado. Me marcho.

Después de decir eso, se dio la vuelta y entró en la casa para hacer la maleta y dejar la casita roja, los recuerdos y los sueños rotos detrás.

Para siempre.

Capítulo 13

Las Navidades debían ser, supuestamente, el momento más alegre del año. Y lo era para mucha gente. Regalos y árboles de Navidad, Santa Claus, parejas felices, niños correteando por las calles cubiertas de nieve…

¿Cómo era posible no sonreír a los vecinos y canturrear villancicos? Pero Tess sólo quería salir de la oficina lo antes posible y llegar a su casa para esconderse bajo las sábanas hasta que pasara la época navideña.

No porque ella le tuviera manía a las Navidades ni nada parecido. Le gustaría sonreír y cantar villancicos como todo el mundo, pero no era posible.

Cuatro días antes había dejado atrás Tribute, la casita roja y al hombre al que había vuelto a amar. Aquél era el día de Nochebuena y esa casa seguramente ya se habría convertido en un montón de escombros. Y, seguramente también, ese hombre estaba de vacaciones en la soleada California.

Con la carpeta de un nuevo cliente en la mano, Tess pasó por delante de la oficina de Mary…

—Hola, Tess. ¿Puedes venir un momento?

Mary y Ethan habían vuelto de su luna de miel unos días antes y, entre eso y que estaba esperando un niño, iba por la oficina como si estuviera en el séptimo cielo desde entonces.

Tess se sentó frente a su socia.

—Es que tengo una persona esperando…

—No tardaré mucho —sonrió Mary, moviendo su melena rubia

—. Tengo algo en lo que quiero que pienses.

—Muy bien.

—Te gustan los niños, ¿verdad?

—Pues sí —sonrió Tess—. ¿A qué viene eso?

—Quiero que seas la madrina de mi hijo.

Una extraña tristeza la invadió entonces. Se sentía honrada por la oferta, le encantaba que Mary la considerase tan buena amiga como para pedirle que fuera la madrina de su hijo, pero eso le recordó la familia que ella misma no tendría nunca.

—Gracias por pensar en mí —le dijo, levantándose para darle un beso—. Es un honor… y una responsabilidad. Tengo que pensármelo, ¿te importa?

—No, claro que no. Hablaremos después de las vacaciones.

—Después de las vacaciones, estupendo.

Estaba a punto de salir del despacho cuando entró Olivia.

—Ah, Tess, precisamente iba a verte.

Si Olivia estaba embarazada y quería una madrina para su hijo, pensó Tess, se volvería loca de remate.

Pero un embarazo no era de lo que la guapa morena quería hablarle.

—Tu… cliente —dijo con una sonrisa— ha enviado un cheque, pero no ha enviado una dirección a la que enviarle la factura.

—¿Qué cliente? —preguntó Tess.

—El señor Sauer.

—¿Ha enviado un cheque?

—Sí. Uno bastante grande, por cierto.

—¿Has subido tus tarifas sin decírnoslo? —preguntó Mary.

—No —contestó Tess, cortada—. Oye, Olivia, no quiero el dinero. Devuélveselo.

—No puedo.

—Pues rompe el cheque.

—Tess, ¿qué te pasa? ¿Cómo que no vas a cobrarle? —preguntó Mary.

—Ya sabía yo que ese hombre era raro —murmuró Olivia—. Era un antiguo novio que, evidentemente, le ha tomado el pelo.

—Rompe el cheque, Olivia —insistió Tess.

—Sí, claro, ahora mismo. Lo único que quiero es que tú no sufras.

Ella respiró profundamente.

—Gracias. No pienso hacerlo.

Y era cierto. Podría tardar algún tiempo, quizá un mes o un año, pero iba a ser feliz otra vez.

—Será mejor que me vaya. Tengo un cliente esperando.

Mary apretó su mano.

—Muy bien. Hablaremos después, si te parece.

Tess entró en su oficina y miró al hombre que estaba sentado frente a su escritorio. Era atractivo, pero con un rostro más bien infantil. Tenía los ojos azules, pero no había furia en ellos, ni arrogancia, ni pasión.

Y Tess lo agradecía.

—Señor Sumner, soy Tess York. Dígame lo que quería.

—Le prometí a mi madre que me casaría antes de Año Nuevo…

—Y veo que no va a ser así.

—No, aún no.

—¿Tiene novia? ¿Alguien a quien vaya a pedir en matrimonio?

—No.

—¿Y de qué modo podemos ayudarlo en Sin Alianza?

—¿No puede usted hacerse pasar por mi prometida?

—No, pero lo ayudaré a encontrar valor para decirle a su madre la verdad.

El hombre se puso pálido.

—¿Y eso cuánto va a costarme?

Tess sonrió. Y le gustó hacerlo.

—Ni un céntimo. Invita la casa.

* * *

Lo había dejado para el día siguiente. Otra vez. Pero los compradores pronto se echarían atrás…

A lo mejor eso era lo que quería.

Damien estaba frente a la casita roja como un manifestante sin pancarta, mirando los *bulldozers* parados en la nieve.

Llevaban días allí, pero él no había dejado que se acercasen más. No sabía qué le pasaba. Debería estar en California de vuelta en el trabajo, recuperándose. No sentado allí en la nieve con la cabeza en

las nubes.

Maldita Tess York. Lo había destrozado otra vez.

Un coche se acercó entonces por el camino, una furgoneta, y se detuvo a su lado.

Damien ya sabía que era una cuestión de tiempo que Wanda apareciese.

Vestida como la esposa de Santa Claus, algo que hacía todos los años para los niños de Tribute, Wanda bajó de la furgoneta y le gritó:

—¡No tengo tiempo para esto! ¡Es Nochebuena!

—Lo sé —dijo él—. ¿No deberías estar en un trineo ahora mismo?

—No te hagas el listo conmigo, Damien Sauer.

—Lo siento.

—Bueno. Y ahora dime qué demonios haces aquí.

—Portarme como un idiota.

—Ya te digo, cuatro días evitando que esas máquinas hagan su trabajo…

—Sí. —Damien se pasó una mano por el pelo.

—Firma el contrato de una vez.

—No puedo.

—¿Por qué no? Termina con esto de una maldita vez. Quítate esta casa y a esa chica de la cabeza.

—El problema es que tengo la sospecha de que tirar esta casa no me la quitará de la cabeza.

—¿Y qué podría hacerlo?

—No tengo ni idea.

—Oye, me estoy helando. —Wanda chasqueó la lengua—. Es un buen trato. Un montón de dinero.

—Ya tengo suficiente dinero.

—Por favor no digas «pero no la tengo a ella» o me da un pasmo.

—Eres una tía muy sarcástica, Wanda.

—Desde luego que sí —replicó ella, estudiándolo—. No me digas que has sido tan tonto como para volver a enamorarte.

—Me parece que nunca había dejado de quererla —era la primera vez que lo admitía en voz alta y sintió un desgarro, como si algo se rompiera en su interior.

A su lado, Wanda soltó una palabrota que haría sonrojarse a un camionero.

—¿Por qué te enfadas? —preguntó Damien.

—Tengo que darte una cosa —dijo ella, poniendo en sus manos un paquete envuelto en papel de estraza—. Toma, es tuyo.

—¿Qué es?

—Un regalo.

—Wanda, no tenías por qué…

—No es mío —lo interrumpió ella—. Es de la pelirroja. Un regalo de Navidad que pidió hace unos días en la tienda de Remi. Él me pidió que te lo diese.

A Damien se le encogió el corazón. Después de todo lo que había pasado, después de las cosas que le había dicho, Tess le compraba un regalo de Navidad.

Cuando abrió el paquete se le hizo un nudo en la garganta. Era una bola de cristal. En su interior, una casita roja sobre un campo cubierto de nieve. Dentro de la casita había luces y un árbol de Navidad y regalos alrededor de una chimenea…

Tomando la tarjeta con manos temblorosas, leyó:

> *Para que siempre sepas dónde empezaste, dónde terminas y dónde se te querrá siempre. Con cariño, Tess.*

* * *

Damien apretó los dientes y se dio la vuelta para que Wanda no viera que se había emocionado.

—Podrías usarla para romper una ventana —sugirió ella—. A ver si así te animas a tirar esta casa.

Él se volvió, airado.

—¿Se puede saber por qué estás tan amargada? Siempre esperas lo peor de la gente, ¿no? ¿Es que alguien te dejó con el corazón roto a ti también?

—Sí.

Damien vio en sus ojos la tristeza y el dolor del amor perdido.

Sabía lo que Wanda sentía y, por primera vez, vio lo que la vida, el futuro, le tenía reservado: ser un amargado como Wanda.

Y no le gustaba nada.

Él quería lo que había dentro de la bola de cristal.

Quería a Tess.

—¿Qué vamos a hacer, Wanda?

—¿Vamos? Nada de vamos, yo no voy a hacer nada. Soy demasiado vieja para perdonar, pero tú no lo eres —contestó la mujer, apartando la mirada para que no viera sus lágrimas.

Damien miró los *bulldozers* por última vez.

—No, no lo soy.

* * *

Supuestamente, uno debería pasar el día de Navidad con la familia. Las chicas de Sin Alianza habían empezado como socias, pero en los últimos años se habían hecho amigas. Y si alguien le preguntase a cualquiera de ellas, mientras estaban alrededor del árbol de Navidad, dirían que eran casi familia.

Era media mañana y las tres mujeres habían dejado sus casas, gatos y prometidos o esposos para ir a la oficina a tomar la famosa tostada francesa de Olivia y abrir los regalos. Aquel año, Mary regalaba a Tess, Tess a Olivia y Liv a Mary.

—Aquí tienes, Mary.

Como una niña emocionada, Mary abrió la cajita y lanzó un grito al ver unos pendientes de perlas.

—¡Me encantan, Liv! —dijo, abrazándola—. Muchas gracias.

—Ahora me toca a mí —dijo Tess—. Esto es para Olivia —explicó, señalando una caja enorme.

—¿Va a salir alguien de ahí?

—Sí, a Mac le encantaría eso.

Sonriendo, Olivia rasgó el papel… y se quedó inmóvil al ver lo que había dentro: doce botellas del que, según ella, era el mejor aceite de oliva del mundo.

—Dios mío, ¿dónde lo has encontrado?

—Uno de mis clientes es importador de aceite de oliva italiano.

—No me lo puedo creer —murmuró Liv, tomando una de las

botellas—. Una docena. ¿Por dónde empiezo? Bueno, primero voy a hacer una ensalada con tomate y albahaca y luego…

—Tranquila, chef —rió Mary—. Las obras maestras culinarias pueden esperar cinco minutos. Es el turno de Tess.

—Ay, sí, perdona.

—No pasa nada —sonrió Tess, tomando la caja que Mary le ofrecía—. Todas sabemos hasta dónde llega tu obsesión.

—Espero que te valgan —dijo Mary.

Antes de romper el papel sabía que le había comprado unos zapatos. Pero cuando abrió la caja y vio que eran unos de Jimmy Choo estuvo a punto de caerse. Eran preciosos. Algo que nunca se compraría ella misma porque eran carísimos.

—Muchas gracias, Mary. Son divinos. Y de mi número.

—Se supone que son unos zapatos rojos como los de Dorita —dijo su amiga—. Bueno, mi versión.

—¿La de *El mago de Oz*? —preguntó Olivia.

—Sí. Ya sabes, «no hay nada como tu casa» —sonrió Mary—. Sólo quería que pensaras en este sitio y en nosotras como tu casa, Tess. Pase lo que pase, Olivia, tú y yo somos de la familia.

A Tess se le hizo un nudo en la garganta. No quería llorar delante de ellas, pero era demasiado tarde.

—Qué tontas sois, mira que hacerme llorar —murmuró, secándose las lágrimas con una mano—. Y gracias, de verdad. Hace cinco años, cuando abrimos este negocio, no se me ocurrió pensar que, además de conseguir un trabajo estupendo, tendría dos amigas como vosotras.

Olivia apretó su mano.

—Yo tampoco.

—Yo digo que convirtamos esto en una tradición —opinó Mary, con los ojos brillantes—. Nos reuniremos aquí todos los días de Navidad.

Tess asintió.

—Estoy de acuerdo.

—Yo también —dijo Olivia, tomando el papel del suelo para echarlo a la papelera—. Oye, aquí hay algo más… —Luego se inclinó y se levantó con un sobre en la mano—. Va dirigido a ti, Tess.

—¿De quién es?

—Mío no —dijo Mary.

—Mío tampoco —murmuró Liv, mirando el sobre—. Dice: *Tess, sigue teniendo fe. Con cariño, Santa Claus*. ¿Qué significa esto?

Tess abrió la boca, con una mezcla de miedo, emoción y sorpresa. Sabía muy bien de quién era el sobre. Lo que no sabía era lo que había dentro y le daba miedo abrirlo. Pero tanto Mary como Olivia insistieron.

—Venga, ábrelo de una vez.

Por fin, intentando dominar los nervios, lo abrió. Dentro había un montón de papeles doblados. Tess desdobló el primero y lo leyó… y tuvo que agarrarse a la mesa. Era la escritura de la casita roja. Damien la había puesto a su nombre. Se la había regalado, no la había destruido.

—¿Qué es? —preguntó Olivia, ansiosa.

No lo sabía. ¿Qué era, una disculpa, una despedida final?

—Creo que es una oferta de paz.

—¿De un ex cliente y exnovio?

—Sí.

—Bueno, no me entero de nada —protestó Mary—. Que alguien me informe de la situación ahora mismo.

Olivia soltó una carcajada.

—Yo te lo contaré. Creo que Tess tiene que hacer algo en este momento.

Sonriendo, Tess tomó el abrigo y el bolso y corrió a la puerta mientras Olivia empezaba con su relato:

—¿Te acuerdas de aquel moreno tan guapo de los ojos azules que estuvo en tu boda? Aunque no deberías acordarte porque, supuestamente, sólo deberías tener ojos para Ethan…

—Que sí, que sí. —Mary levantó los ojos al cielo.

—Bueno, la verdad es que era difícil no fijarse en él. Pues resulta que había sido novio de Tess y…

* * *

Al ser el día de Navidad había poco tráfico, de modo que llegó a Tribute en dos horas y media. El corazón se le salía del pecho mientras tomaba el desvío que llevaba al pueblo, pero cuando llegó

a la calle Mayor un miedo repentino la atenazó. ¿Qué encontraría cuando llegase allí? ¿Estaría la casa como la había dejado o los *bulldozers* habrían terminado con ella? ¿Y el interior?

¿Y Damien?

La respuesta a esas preguntas llegó enseguida: la casita estaba intacta. Incluso había luces de Navidad en las ventanas y en el tejado. Tess bajó del coche y cuando llegó al porche le pareció… le pareció que olía a pavo. Pero no podía ser. Nerviosa, decidió llamar al timbre.

Damien abrió la puerta de inmediato y sus ojos azules se iluminaron al verla.

—Hola.

—Hola.

—Bienvenida a casa.

Sus palabras, y el cálido tono con que las dijo, hicieron que su corazón se desbocase. Pero tenía miedo de esperar algo que podría no llegar nunca.

—¿No vas a pasar?

—Sí, claro. Feliz Navidad —dijo Tess, comprobando que todo estaba como ella lo había dejado, salvo por el abeto del salón, decorado con bombillas, papel de regalo y guirnaldas hechas con… ¿piñas secas?

Era un árbol de Navidad de lo más extraño, pero la hizo sonreír. Evidentemente, lo había decorado Damien.

—Pensé que estarías en California.

—¿Y perderme la nieve en Navidad? No, imposible. Por cierto, gracias por la bola de cristal. Era… perfecta. Justo lo que necesitaba —sonrió Damien; su mirada estaba cargada de anhelo—. Me gusta verte en la casa.

—A mí también me gusta verte.

—¿Has recibido la escritura?

—Sí —contestó ella—. ¿Era una forma de dejar el pasado atrás?

—El pasado, sí. A ti, nunca —dijo Damien entonces, tomando su mano para llevársela a los labios—. Lo siento, Tess. He sido un idiota.

Lo único que Tess podía hacer era mirarlo, esperar que dijera lo que ella quería que dijese.

—El miedo obliga a la gente a hacer locuras —siguió Damien,

entrelazando sus dedos con los de ella—. Pensé que tenía que hacerte daño para que a mí me doliese menos. Sé que es una estupidez, pero era lo que me decía a mí mismo para no desearte, para no pensar en ti día y noche —añadió, con total sinceridad—. Lo que hice estuvo mal, Tess. Y estuve a punto de perderte por segunda vez. Por favor, dime que vas a darme otra oportunidad.

Su honesta disculpa, su comprensión de lo que había pasado, la sorprendió. Pero seguía teniendo miedo de creer…

—Damien, yo no puedo cambiar el pasado…

—Y no te pido que lo hagas, cariño. Eso se ha terminado. Lo que importa es el presente. Lo que importa es que te quiero.

—¿Me quieres?

—Entonces, ahora y siempre —murmuró él, buscando sus labios —. Dime que me quieres antes de que me vuelva loco, Tess.

—Te quiero, Damien. Más de lo que te puedes imaginar.

—Necesito saberlo. —Damien se apartó para mirarla—. ¿Quieres casarte conmigo, Tess? Cásate conmigo y sé la madre de mis hijos. Deja que formemos esa familia que siempre has querido.

El corazón de Tess se llenó de felicidad. No podía creer lo que estaba oyendo. Nunca pensó que aquel hombre pudiese quererla de verdad… pero asintió vigorosamente con la cabeza.

—¿Eso es un sí? —sonrió Damien.

Ella se puso de puntillas.

—Eso es un «ahora mismo». Sí, claro que me casaré contigo.

Damien la apretó contra su corazón durante unos segundos y luego la tomó de la mano.

—Ven a abrir tus regalos.

—Ya tengo todo lo que puedo desear. Tú y la casita roja.

—Cariño, hay mucho más —sonrió él, llevándola hasta el árbol —. Te habrás dado cuenta de que no se me da muy bien la decoración navideña, pero hay una cosa ahí, delante de ti, de la que estoy muy orgulloso.

Colgando de una de las ramas Tess vio el diamante más maravilloso que había visto en su vida.

Damien lo sacó y se lo puso en el dedo.

—Es precioso…

—Tú eres preciosa.

Tess se sentía como si estuviera flotando en una nube. No podía

creerlo, no podía creer que aquél hubiera acabado siendo el día de Navidad perfecto.

Una Navidad que había empezado sin esperanza se había convertido en una bendición para su vida.

—Todo lo que quieras es tuyo.

—Lo único que quiero es tu amor —murmuró ella, emocionada.

—Lo tienes, Tess.

Damien volvió a besarla. No fue un beso suave sino un beso apasionado, profundo, desesperado.

—Damien…

—¿Sí?

—Has dicho que puedo tener todo lo que quiera.

—Sí, cariño. ¿Qué quieres?

—Esa familia de la que hablabas antes…

—¿Sí?

—¿Podemos empezar a hacerla ahora mismo? —sonrió Tess.

Damien la tomó en brazos.

—Sí, mi amor —murmuró, llevándola al dormitorio—. Ahora mismo.

FIN



La autora de *Bestsellers*, Laura Wright ha pasado la mayor parte de su vida sumergida en el mundo de actuar, de cantar y de baile de salón y competitivo. ¡Pero cuando comenzó a escribir, sabía que había encontrado el verdadero deseo de su corazón! (Aparte de un nuevo bebé). Junto con cuatro hermanos y muchos gatos, Laura creció en Edina, Minnesota, y aunque encontró aventuras en localidades como Nueva York, Ohio, Milwaukee y San Diego, ella finalmente encontró su «norte verdadero» en Los Ángeles con su marido, actor de teatro. Laura cree sinceramente en la familia, los amigos del corazón y la energía curativa del amor, y espera que ella en sus libros refleje esos valores.